

# HISTORIA

DE LAS

## PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

contiene un exámen detenido de las causas de cada una de ellas y de los caracteres especiales que presentaron, de las principales legislaciones que contra el Cristianismo han regido y rigen; la biografía de los tiranos y perseguidores y de los mas ilustres perseguidos y mártires, con interesantes descripciones de los lugares en que se libraron los réeios combates del orgullo humano contra la verdad divina desde el Calvario, en el siglo I, hasta el Quirinal, en nuestros días.

OBRA ESCRITA POR

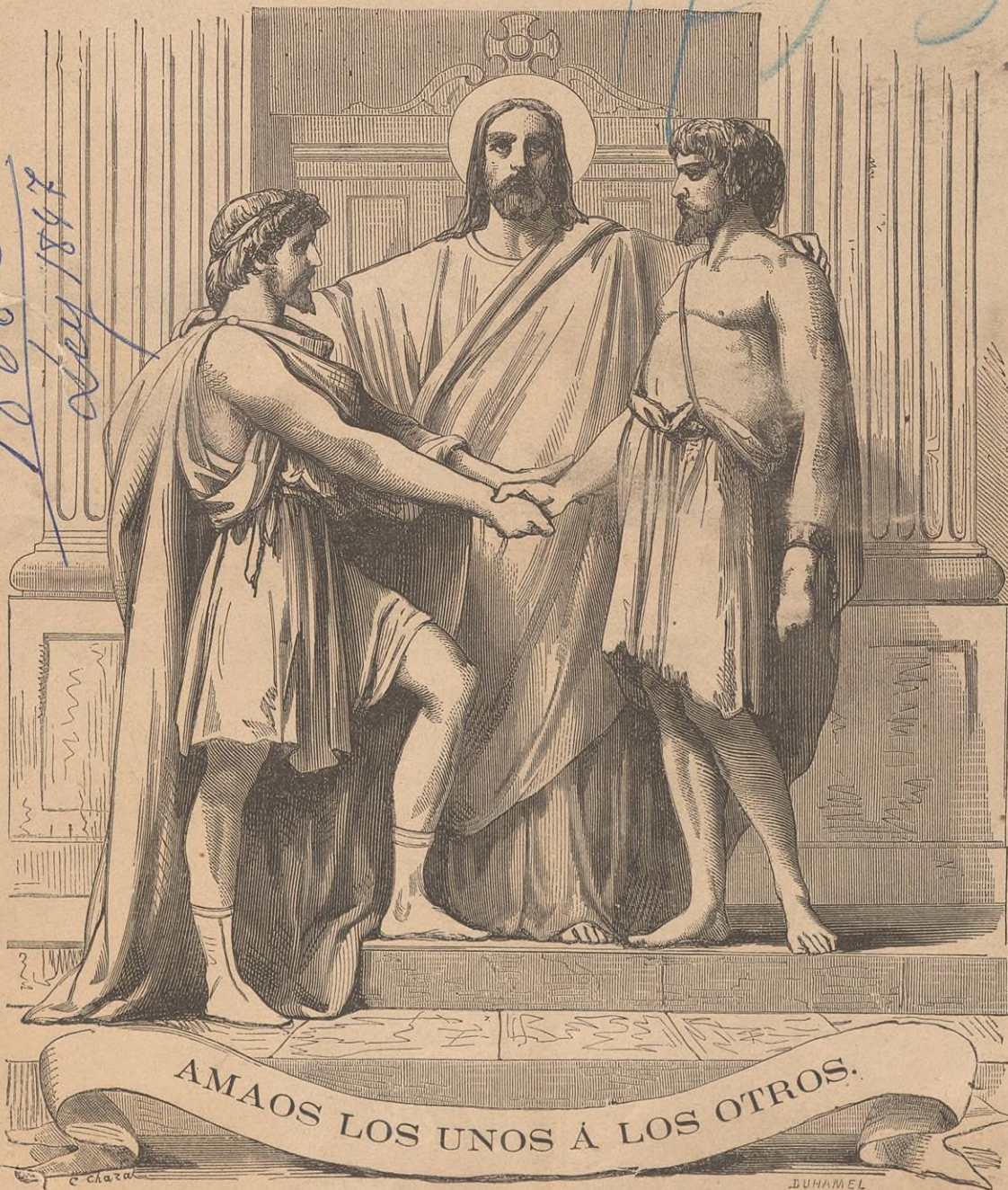
D. EDUARDO MARÍA VILARRASA y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan en Gracia (Barcelona).

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

Obra adornada con preciosas láminas.



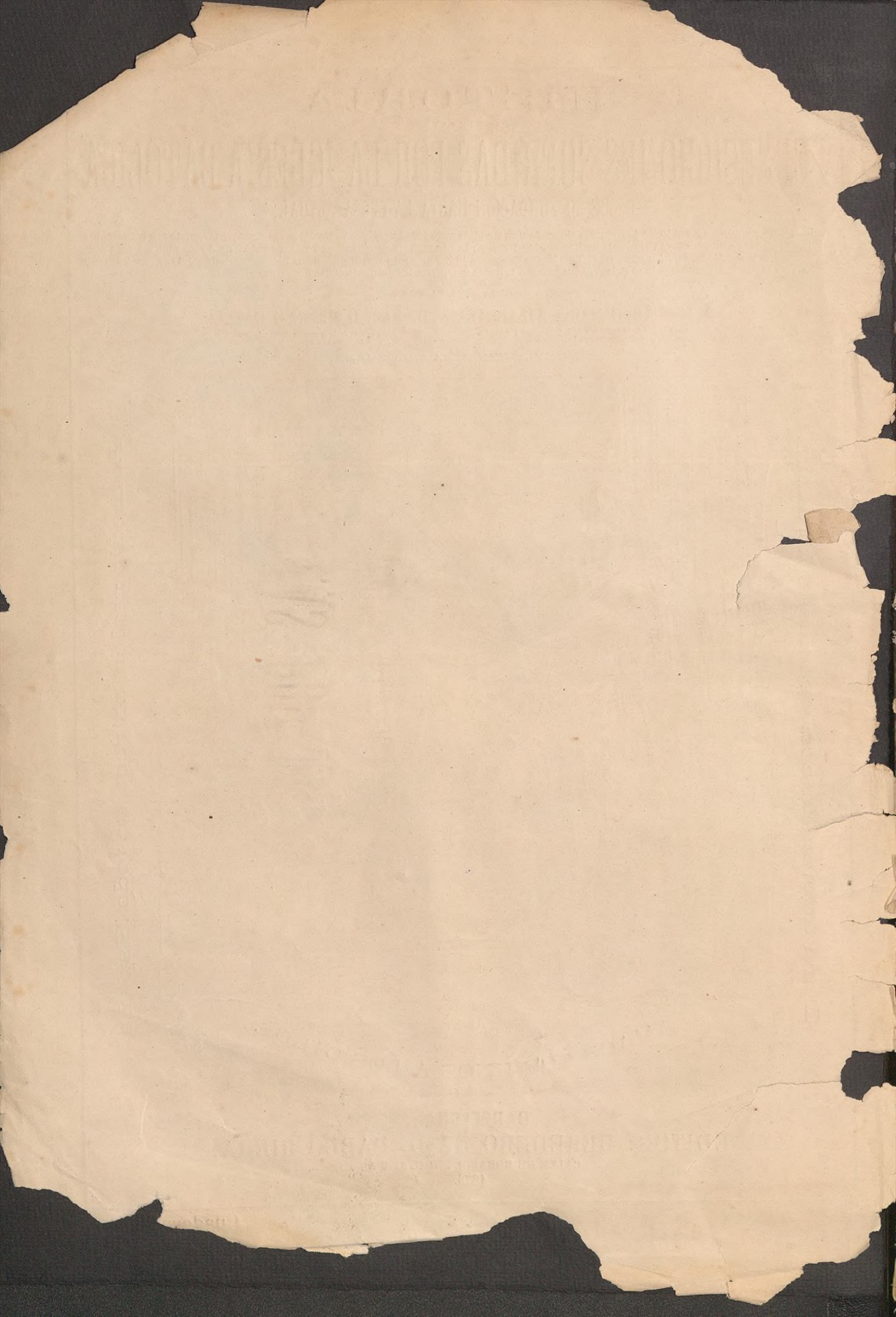
A medio real la entrega en toda España.

BARCELONA :  
EDITOR: HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.  
1876.

L47  
1722

Cuadern







EDITOR, HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
Robador, 24 y 26.—Barcelona.

# HISTORIA

DE LAS

# PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

## DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARÁCTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON,  
DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN;

LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA  
DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA

POR

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA Y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la Concepción y Asunción de Nuestra Señora  
en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia,  
(Barcelona).

é ilustrada con magníficas láminas intercaladas en el texto.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

## PROSPECTO.

Es indudable que el pueblo sufre una preocupación terrible, creada y alimentada contra la Iglesia por los interesados en que la moral y la doctrina católicas no formen el criterio social. Conviene á los adversarios del Catolicismo ahondar la valla que existe entre una

Nuestro libro será una historia á la vez que una apología y hasta una controversia.

El relato verídico de los hechos redundará en gloria de la Iglesia de Jesucristo, al paso que refutará constantemente las acusacio-



EDITOR, HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
Robador, 24 y 26.—Barcelona.

# HISTORIA

DE LAS

## PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON,  
DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN;  
LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA  
DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA

POR

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA Y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora  
en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia,  
(Barcelona).

é ilustrada con magníficas láminas intercaladas en el texto.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

### PROSPECTO.

Es indudable que el pueblo sufre una preocupacion terrible, creada y alimentada contra la Iglesia por los interesados en que la moral y la doctrina católicas no formen el criterio social. Conviene á los adversarios del Catolicismo ahondar la valla que existe entre una gran parte del pueblo y la Iglesia, y para ello, se pintan á la imaginacion popular horrorosos cuadros, obra de genios audaces, en los que la Religion de la mansedumbre y del sacrificio es exhibida como á la que sostiene el ministerio de la opresion, de la ignorancia y del desprecio á la dignidad humana.

Un dia y otro dia se habla de los grandes atropellos ejercidos por la Iglesia católica contra los derechos humanos, y se repiten con calculada habilidad determinadas fechas y contadas escenas, en las que en nombre del espiritu religioso se realizó algun hecho lamentable. Gracias á tan diabólico arte, muchedumbres de ilusos llegan á hacer sinónimo templo y mazmorra, pontificado y despotismo, sacerdocio é inhumanidad, fe y tinieblas. Es para muchos el Cristianismo la personificacion de todas las desgracias y de todas las persecuciones.

Pues bien; nosotros, en vista de datos incontrovertibles y de las afirmaciones de la historia mas imparcial, vamos á presentar al pueblo un balance entre las persecuciones que pretenden hemos llevado á cabo y las que realmente hemos sufrido; un balance entre los mártires y los tiranos.

Puesto que se nos acusa de ser los eternos aliados de la tiranía, vamos á examinar despacio qué clase de alianza es la celebrada por la Iglesia con los poderes terrenales; vamos á evocar á los déspotas y á los mártires de todas las épocas, y á preguntar en alta voz á estos por qué murieron y á aquellos por qué mataron.

Iremos al anfiteatro de Flavio, y allí enseñaremos al pueblo los grupos de nuestros hermanos desgarrados por los tigres, porque no quisieron renunciar á la fe que el Redentor les habia infundido y que era el gérmen de la restauracion de la degradada dignidad humana y social; recordaremos las respuestas que, por boca de sus hijos perseguidos, la Iglesia ha dado á los imperios injustos, y los sacrificios inmensos que le ha costado sostener contra las pasiones opresoras la causa del Dios libertador, que en el fondo es la del pueblo.

Á las masas ilusionadas, á los espíritus verdaderamente preocupados, les decimos desde ahora: venid, leed la historia de la Iglesia y contad sus persecuciones y sus mártires, y si ella es la institucion víctima por excelencia, y si el número de sus perseguidos supera al de las víctimas por toda otra causa sacrificadas, ¿por qué sois crueles con ella?

Nuestro libro será una historia á la vez que una apologia y hasta una controversia.

El relato verídico de los hechos redundará en gloria de la Iglesia de JESUCRISTO, al paso que refutará constantemente las acusaciones trazadas contra ella.

La historia de las persecuciones sufridas por la Iglesia católica, no solo arroja mucha luz sobre los entendimientos, sino que tambien calienta y enfervoriza los corazones; ¿cómo permanecer indiferentes y cruzarse de brazos ante las cohortes de soldados de Cristo que le han atestiguado el amor sufriendo y muriendo en millares de batallas y con infinita variedad de tormentos?

Los amantes de lectura amena no podrán menos de sentirse cautivados ante estos cuadros, donde contrastando con el furor, con los instintos sanguinarios de un déspota, al lado de la repugnante figura del tirano se ve la simpática figura de la víctima, que así es un valiente guerrero como una débil mujer; al lado del noble patricio resalta el humillado esclavo, subiendo ambos por el mismo camino del martirio á las elevaciones de una comun gloria; ora es el esposo arrancado de brazos de su esposa, ora la madre arrojada del hogar, arrebatada al amor de sus hijos; ora, en fin, la suprema lucha se trava entre el amor y la fe en el seno mismo de la familia. ¡Qué manantial de ternura para los corazones delicados! ¡Qué fuente de poesia para las imaginaciones brillantes! ¡Qué motivos tan fecundos para inspirar al artista!

Las personas piadosas encontrarán en nuestro libro escenas edificantes que los padres, los encargados de la educacion podrán leer á sus hijos, seguros de que en ellas aprenderán á conocer la dignidad de su fe y á amar á su Iglesia.

Los nuevos descubrimientos históricos nos proporcionan abundancia de datos con que enriquecer nuestro trabajo; sucesos que antes eran ignorados hoy son conocidos, hechos que antes aparecian como dudosos hoy la crítica histórica los presenta como evidentes; y las figuras de muchos mártires, cuya majestad adivinábamos al través de las sombras de la tradicion, hoy nos parecen aun mas grandes contempladas á la luz de la verdad histórica.

Hasta el racionalista no puede menos que sentirse conmovido al penetrar en aquellas catacumbas, donde al través de los siglos se respira aun el aire de aquella fe tan viva, tan ardiente; no pueden menos de caer de rodillas ante aquel coliseo, cuyas arenas están empapadas con la sangre de tantos mártires.

Nuestra narracion, que tendrá en su favor la viva emocion de la leyenda, el interés del drama, será ante todo una historia. Para servir la causa de la verdad con la verdad basta; para conmover con



los hechos que vamos á referir abundan las escenas patéticas; para sentirse impresionado ante tales cuadros ni siquiera se necesita tener fe, basta con tener corazón.

Dichosos nosotros si después de haber sondeado las causas de la persecución general de la Iglesia, y las particulares de cada una de sus fases; si después de haber estudiado la malicia de las legislaciones contra ella formuladas desde la tímida política de Pilatos á la astuta diplomacia de Bismark; si después de haber comparado las vidas de los perseguidores con la de las víctimas, las de los tiranos con las de los mártires; si después de habernos paseado por el Calvario, por las catacumbas, por los foros paganos y paganizados, por los principales teatros donde fue derramada la sangre de los inocentes maestros y discípulos de la fe, alcanzamos que la lectura de estas páginas acreciente el valor en el corazón de algún cristiano vacilante para arrostrar el combate de los enemigos y avive la aspiración de los ya convencidos á obtener la corona inmarcesible de los confesores.

De todas maneras nuestro escrito ha de ahondar en el ánimo creyente la convicción de que la Iglesia católica, que ha sufrido ya todos los ataques imaginables, y hasta muchos que ni siquiera imaginables eran, está garantida contra todos los proyectos humanos, por bárbaros é infernales que sean. Porque ha de verse en estas páginas ser verdad lo que elegantemente expresó un Prelado, que glorificó la silla de san Severo: ha de verse por esta historia, que «en medio de tantas tentativas, de tantos combates, de tantos reveses, de tantas tribulaciones, como ha sufrido la Iglesia, siempre ha estado con ella la mano del Señor, que la ha sostenido, que la ha consolado, que la ha hecho aparecer brillante, gloriosa y superior á todos los esfuerzos coligados de la tierra y del infierno.

«Veráse que á las humillaciones de la cruz se siguen las glorias de la resurrección; á la dispersión de los Apóstoles en Jerusalén se debe la diseminación de la semilla del Evangelio en todo el mundo; que la rabia y la crueldad de los tiranos producen la constancia y los triunfos de los mártires; la pertinacia de los herejes aguza las doctas plumas de los santos Padres. Siempre los consuelos al lado de las aflicciones, siempre los triunfos en pos de los

combates, siempre perseguida y victoriosa, así ha pasado por estas duras alternativas, así ha venido hasta nuestros días, conservando siempre una misma fe, unos mismos dogmas, unos mismos sacramentos, un mismo gobierno, una misma jerarquía. El infierno con sus locas tentativas, con su rabia impotente, con su insensato despecho ha tomado á su cargo justificar la verdad de lo que prometió JESUCRISTO á la Iglesia, que nadie jamás podrá destruirla, y que *las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.*»

El presente libro demostrará estas dos cosas:

1.ª Que contra el Cristianismo se congregaron *los reyes y los príncipes, diciendo: rompamos los lazos con que pretende sujetarnos y arrojemos muy lejos su yugo.*

2.ª Que *el que habita en los cielos se ha reído de ellos*, que á pesar de ellos sigue predicando los santos preceptos desde la altura del monte Sion, en el que está constituido Rey; que todas las naciones van formando parte de su heredad, y tomando posesión, no obstante todas las oposiciones, de las extremidades de la tierra.

Venimos á llenar un vacío que se notaba en la biblioteca religiosa histórica. Se han escrito elocuentemente las vidas de los mártires, se ha escrito también la historia de la Iglesia, pero no se han presentado aun en ordenada y completa galería los sublimes cuadros de las persecuciones, ni espuesto la trabazón filosófica que existe entre todas las escenas á que ha dado lugar el violento choque del espíritu del mal y del espíritu del bien en el decurso de los siglos. Abundan los documen-

tos, testimonios de la divina fortaleza de los católicos, no publicados aun en nuestra patria, y que, sin embargo, demuestran los colosales esfuerzos de los adversarios del Cristianismo para anonadarlo desde su origen. Datos preciosos poseemos, por ejemplo, sobre las fatigas y los sacrificios de cada uno de los setenta y dos discípulos del Salvador, cuyo relato interesa é ilustra. No hay período importante de la historia de la Iglesia, en el que no pueda arrojarse nueva luz, con el examen del espíritu, tendencias y carácter de los poderes erigidos contra la verdad y la justicia. Á conseguirlo se dirigen nuestros leales y asiduos desvelos.



Atropello de Pablo y Bernabé por los idólatras en Listria.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra constará de dos tomos en fólío, de unas 800 páginas cada uno, en papel y tipos iguales al presente prospecto, y adornada con unas 150 magníficas láminas, relacionadas con el asunto de la publicación.

Se dividirá esta en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de á cuatro páginas, al precio de

**Medio real cada una en toda España.**

Se repartirá por ahora semanalmente un cuaderno de 4 entregas y muy luego de 8.

**Se suscribe:** En Barcelona, en casa de su EDITOR, D. Eusebio Riera, calle de Robador, núm. 24 y 26, principales librerías y centros de suscripción.

Fuera de Barcelona: Provincias, ultramar y extranjero, en casa de los señores corresponsales del expresado EDITOR, ó remitiendo al mismo en *Sellos de franqueo, Libranzas de Tesorería* ú otro medio, el importe de los cuadernos que se quieran, y serán correspondidos puntualmente.



gran parte del pueblo y la Iglesia, y para ello, se pintan á la imaginacion popular horrosos cuadros, obra de genios audaces, en los que la Religion de la masedumbre y del sacrificio es exhibida como á la que sostiene el ministerio de la opresion, de la ignorancia y del desprecio á la dignidad humana.

Un dia y otro dia se habla de los grandes atropellos ejercidos por la Iglesia católica contra los derechos humanos, y se repiten con calculada habilidad determinadas fechas y contadas escenas, en las que en nombre del espíritu religioso se realizó algun hecho lamentable. Gracias á tan diabólico arte, muchedumbres de ilusos llegan á hacer sinónimo templo y mazmorra, pontificado y despotismo, sacerdocio é inhumanidad, fe y tinieblas. Es para muchos el Cristianismo la personificacion de todas las desgracias y de todas las persecuciones.

Pues bien; nosotros, en vista de datos incontrovertibles y de las afirmaciones de la historia mas imparcial, vamos á presentar al pueblo un balance entre las persecuciones que pretenden hemos llevado á cabo y las que realmente hemos sufrido; un balance entre los mártires y los tiranos.

Puesto que se nos acusa de ser los eternos aliados de la tiranía, vamos á examinar despacio qué clase de alianza es la celebrada por la Iglesia con los poderes terrenales; vamos á evocar á los déspotas y á los mártires de todas las épocas, y á preguntar en alta voz á estos por qué murieron y á aquellos por qué mataron.

Tremos al anfiteatro de Flavio, y allí enseñaremos al pueblo los grupos de nuestros hermanos desgarrados por los tigres, porque no quisieron renunciar á la fe que el Redentor les habia infundido y que era el gérmen de la restauracion de la degradada dignidad humana y social; recordaremos las respuestas que, por boca de sus hijos perseguidos, la Iglesia ha dado á los imperios injustos, y los sacrificios inmensos que le ha costado sostener contra las pasiones opresoras la causa del Dios libertador, que en el fondo es la del pueblo.

A las masas ilusionadas, á los espíritus verdaderamente preocupados, les decimos desde ahora: venid, leed la historia de la Iglesia y contad sus persecuciones y sus mártires, y si ella es la institucion víctima por excelencia, y si el número de sus perseguidos supera al de las víctimas por toda otra causa sacrificadas, ¿por qué sois crueles con ella?

nes trazadas contra ella.

La historia de las persecuciones sufridas por la Iglesia católica, no solo arroja mucha luz sobre los entendimientos, sino que tambien caliente y enervoriza los corazones; ¿cómo permanecer indiferentes y cruzarse de brazos ante las cohortes de soldados de Cristo que le han atestiguado el amor sufriendo y muriendo en millares de batallas y con infinita variedad de tormentos?

Los amantes de lectura amena no podrán menos de sentirse cautivados ante estos cuadros, donde contrastando con el furor, con los instintos sanguinarios de un déspota, al lado de la repugnante figura del tirano se ve la simpática figura de la víctima, que así es un valiente guerrero como una débil mujer; al lado del noble patricio resalta el humillado esclavo, subiendo ambos por el mismo camino del martirio á las elevaciones de una comun gloria; ora es el esposo arrancado de brazos de su esposa, ora la madre arrojada del hogar, arrebataada al amor de sus hijos; ora, en fin, la suprema lucha se traba entre el amor y la fe en el seno mismo de la familia. ¡Qué manantial de ternura para los corazones delicados! ¡Qué fuente de poesia para las imaginations brillantes! ¡Qué motivos tan fecundos para inspirar al artista!

Las personas piadosas encontrarán en nuestro libro escenas edificantes que los padres, los encargados de la educacion podrán leer á sus hijos, seguros de que en ellas aprenderán á conocer la dignidad de su fe y á amar á su Iglesia.

Los nuevos descubrimientos históricos nos proporcionan abundancia de datos con que enriquecer nuestro trabajo; sucesos que antes eran ignorados hoy son conocidos, hechos que antes aparecian como dudosos hoy la crítica histórica los presenta como evidentes; y las figuras de muchos mártires, cuya majestad adivinábamos al través de las sombras de la tradicion, hoy nos parecen aun mas grandes contempladas á la luz de la verdad histórica.

Hasta el racionalista no puede menos que sentirse conmovido al penetrar en aquellas catacumbas, donde al través de los siglos se respira aun el aire de aquella fe tan viva, tan ardiente; no pueden menos de caer de rodillas ante aquel coliseo, cuyas arenas están empapadas con la sangre de tantos mártires.

Nuestra narracion, que tendrá en su favor la viva emocion de la leyenda, el interés del drama, será ante todo una historia. Para servir la causa de la verdad con la verdad basta; para commover con



# HISTORIA

DE LAS

PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL.

---

TOMO PRIMERO.







HISTORIA  
DE LAS  
**PERSECUCIONES**  
SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÈRES ESPECIALES QUE PRESENTARON,  
DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN;  
LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILÚSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES  
DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA  
DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA

POR

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTIFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1876.



ES PROPIEDAD.

El que reproduzca una obra ajena sin el consentimiento del autor, ó de quien le haya subrogado en el derecho de publicarla, queda sujeto á la indemnizacion de daños y á las penas impuestas al autor fraudulento.

(LEY DE 10 DE JUNIO DE 1847, *art. 19*).



# INTRODUCCION

---

## I.

Nos resolvemos á tomar la pluma para escribir un tratado sobre el que nos permitimos llamar la atencion de los adictos y de los adversarios de la Iglesia católica. El libro de las persecuciones sufridas por el Catolicismo, no solo debe interesar á los que participan del glorioso espíritu de las víctimas y mártires de tan augusta causa, sino que además ofrece ocasion á los partidarios de la guerra social y religiosa contra la misma sostenida, en toda la estension del período de diez y nueve siglos, de calcular la inmensidad de recursos y de fuerzas empleadas vanamente para derribar el, en apariencia, endeble árbol sembrado en el Calvario y regado con la sangre del divino Mártir.

Figúranse los enemigos de la Iglesia, y tambien en esto se equivocan, que hasta hoy la inteligencia y la fuerza no se habian coaligado contra el Señor, contra su Cristo y contra la obra de su corazon emanada, y de ahí sus impremeditados alardes acerca de la proximidad del triunfo que presumen va á alcanzar la razon independiente y el indómito orgullo sobre el dogma revelado y la moral evangélica. Presumen algunos que los progresos obtenidos por la Religion en la sociedad fueron debidos al apoyo que de determinadas clases alcanzó, é ignorando unos y olvidando otros los incomparables sacrificios que debieron imponerse los creyentes de todos los siglos para hacer predominante la fe religiosa, afirman que no radica en el cielo, ni en la accion directa de la Providencia la vida y el desarrollo de las instituciones católicas, sino que es la mano de las conveniencias y de los intereses sociales de las diversas épocas la que ha sostenido, conservado y desarrollado la obra divina. Partiendo de este supuesto y viendo tantos intereses creados en oposicion á la fe y á la moral católicas, viendo divorciada la causa de la Iglesia de la de los poderes dominantes, y rotos los lazos de las alianzas contraídas por las soberanías terrenales con los representantes de la soberanía celestial piensan y proclaman la caducidad y la muerte de la Religion desamparada.

Suponiéndola ya incapaz de triunfar, escriben sobre lo que ellos califican de sus ruinas un epitafio, que seria afrentoso para la Iglesia, hija del cielo, si fueran capaces de afrentar la obra de la verdad viva, las nubes confeccionadas por los ligeros vapores de la preocupada calumnia.



El gran proceso escrito por los incrédulos y antireligiosos de todos matices contra la Iglesia católica, se reduce á acusarla de haber tiranizado despóticamente el espíritu y los intereses humanos; califícala de *perseguidora*.

«Tú has perseguido, le dicen, á todo individuo ó coleccion que haya querido hacer uso de los derechos que á la razon y á la personalidad humana ha concedido la naturaleza; tú has perseguido á los que se han permitido dar alas á las expansiones generosas del corazon y del espíritu; tú has perseguido á los que pretendieron obedecer á la santa ley del progreso; y á los que no creyeron lo que tú propones creer, y á los que no esperaron en tus promesas de aplazado cumplimiento, y á los que no amaron lo que constituye el bello ideal de tu cariño les has perseguido, les has torturado, les has cruelmente sacrificado. La historia del género humano es una larga senda sembrada de víctimas hechas por tu intolerancia injustificada, por tu característica saña. Tú encendiste cien hogueras en cada siglo, y á ellas arrojaste altiva á cuantos fueron bastante dignos para arrostrar tus excomuniones y tus amenazas. La tortura y el cadalso fueron tus aliados y tu obra propia y característica es la horrible *Inquisicion*.»

Á tal se reduce el proceso del mundo antireligioso contra la Iglesia de JESUCRISTO.

Pues bien; nosotros vamos á abrir ante los acusadores de la Religion del amor, el libro de las persecuciones de que ha sido blanco constante desde su fundacion portentosa hasta nuestros agitados dias; nosotros vamos á decir con la irresistible elocuencia de la narracion histórica á los que se exhiben como á víctimas de la intolerancia del Catolicismo: «leed, y si estais de buena fe, confesad lo que de nuestra lectura deducis: ¿qué sois ante el juicio de la historia? ¿sois víctimas ó verdugos? ¿No estábais vosotros representados en el Calvario por los que crucificaron al divino Maestro? la bandera anticristiana que enarbolais, ¿no es la que cobijó debajo de sus pliegues á los que sentenciaron uno tras otro á los apóstoles de nuestra doctrina y de nuestra Iglesia? en el anfiteatro de Flavio, ¿fuimos perseguidores ó perseguidos? ¿No estábais vosotros en el palacio de Agrippa y de Neron cuando nuestros primogenitores en la fe huyendo de vuestras cadenas, de vuestras dagas y de vuestras hogueras se escondian en las Catacumbas? Domiciano y Trajano, Adriano y Antonino, Marco Aurelio y Severo, Máximo y Decio, Galo y Valeriano, Claudio, Aureliano, Diocleciano ¿apadrinaron nuestra causa, ó personificando vuestro anticatólico espíritu, nos entregaron al vilipendio de los pueblos, inundando en aras de los ídolos, divinizacion de vuestras pasiones, los mas ardientes y puros adoradores de nuestro Dios y confesores de nuestra idea? ¿Hay un palmo de tierra en toda la estension del mundo entonces conocido que no esté mezclado con la ceniza de algun mártir? Durante mas de tres siglos, á los cristianos no nos concedisteis mas derecho que el de sufrir insultos y muerte. Los millares de millares de hogueras encendidas por la tea pagana y atizada por el soplo de la impiedad antigua ¿no arrancan de vuestros labios ni una pálida protesta? ¿no mueve vuestra conmiseracion el recuerdo del sacrificio de legiones enteras, el degüello de grandes masas, de familias respetables, de niños indefensos y de candorosas vírgenes por el solo crimen de resistirse á negar la fe que el cielo habia implantado en sus almas vigorosas?»

Muchas páginas importantes de los anales del género humano habeis pasado por alto al estudiar la historia, en cuya ciencia fundais vuestras acusaciones y vuestros augurios. Una de las páginas que no habeis leído, y que no leereis con gusto, es sin duda aquella en que se consigna el levantamiento del espíritu público contra la opresion incalificable á que el paganismo condenaba la Cristiandad. Si meditárais los acontecimientos del siglo III veriais la expresion enérgica de la conciencia humana contra los atropellos sistemáticos de que era víctima la Religion del Crucificado, y saludaríais en la gran figura de Constantino al representante mas completo y mas glorioso de la indignacion pública, al fruto maduro de las protestas de los pueblos despreocupados de sus antiguos errores, al libertador de la dignidad oprimida de los cristianos por la tenaz ira del paganismo; reconoceríais que la paz otorgada á la Iglesia, mártir como su fundador, era á la vez obra de la victoria del primer emperador



creyente y de los votos de aquella generacion á la que repugnaban ya la inmolation escandalosa de los mejores ciudadanos.

En vano buscaríamos en la historia huellas de la venganza cristiana en aquellos primeros años de nuestra libertad.

Abriéronsenos las puertas de las Catacumbas y las de las cárceles y se nos dijo: «la cruz de vuestros altares no servirá mas de cadalso á vuestros cuerpos; la patria os reconoce por hijos, y como á tales os inviste de los derechos inherentes á la plena ciudadanía.»

En virtud de este decreto vinimos á la vida pública y subimos las grádas de los palacios, ¿qué excesos cometimos? ¿qué venganza reclamamos?

Tres siglos habia que éramos acusados, calumniados y sentenciados sin que se escuchara nuestra defensa; sobre los sepulcros de nuestros apóstoles y de nuestros caudillos se habia amontonado el lodo de la infamia vil; no habia familia pagana que no nos hubiera arrojado una piedra á la frente ó un rollo de cadenas sobre las espaldas.

Veníamos de las Catacumbas y en ellas habíamos sido tratados de la manera que describe un tribuno contemporáneo, cuya pluma no está por desgracia á servicio de la verdad religiosa: «Estos hombres, escribe, judíos segun unos, magos segun otros, aborrecidos del mundo, segun Tácito; estos hombres á quienes tantos crímenes achacaban sus perseguidores, pues se decia que en sus conferencias secretas profanaban los sepulcros y bebían sangre humana; estos hombres, venidos á salvar el mundo eran blanco de general persecucion y pagadores de todas las culpas, como sucede siempre en la historia á todos los que inician una gran idea; y si no llovía, los cristianos eran los culpados, porque tenían dolorido é irritado con sus abominaciones al cielo; si llovía demasiado, los cristianos eran los que habian atraído sobre la tierra aquellos torrentes porque el cielo queria ahogarlos; si Neron, por gozar de un espectáculo estético, incendiaba á Roma, los cristianos eran los incendiarios, y unos fueron arrojados, cubiertos de pieles frescas, á la voracidad de perros hambrientos y rabiosos, otros colgados de un palo que les atravesaba la garganta, otros cubiertos de resina, de pez eran encendidos vivos por la noche y servían de antorchas para iluminar los jardines del emperador, y mientras su sangre caía hirviendo sobre la arena y los gemidos de su agonía poblaban los aires el tirano volvía del circo, del teatro en su carroza de marfil, entonando alegres cánticos y riéndose á todo reír de aquellos nunca imaginados tormentos.»

Y á pesar de todo esto, nosotros que habíamos sido con tanta pasion acusados, con tanta injusticia aborrecidos, con tanta crueldad sacrificados ¿qué pena reclamamos contra nuestros enemigos? ¿qué víctimas exigimos contra tan prolongada persecucion?

Ninguna.

El misericordioso olvido de los libertados cristianos probó que no en vano habian oido esta hermosa palabra brotada de los labios del Redentor: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»

Hasta los monumentos del paganismo respetamos; ni pretendimos siquiera destruir los arcos triunfales que recordaban las glorias de los emperadores que mas se distinguieron por la barbarie de sus procedimientos contra la naciente Cristiandad.

Y sin embargo, la paz de Constantino no fue sino una tregua.

El encono gentil tuvo bastante ardor para encender nuevas hogueras y bastante impulso para suscitar nuevas tempestades. La apostasia canceró el alma de Juliano, quien convirtiendo en cuchilla criminal su espada, que podia ser gloriosa, sembró de nuevos cadáveres el campo de la Iglesia.

Cuando el paganismo hubo expirado y los ídolos fueron derretidos al calor de la cruz, incomparable sol de la caridad, los vándalos pretenden erigir la victoria de su poder sobre el pedestal formado por las ruinas de los monumentos cristianos y por los cadáveres hacinados de los confesores invictos.

Genserico, ardiente arriano, rivalizó con Neron en materia de crueldad para con los ca-



tólicos. El suelo de Cartago se transforma en una ara inmensa donde fue sacrificado todo un pueblo fiel á sus creencias y á los preceptos de su moral, ¿quién es capaz de contar las hogueras encendidas en toda la estension del África? Aquel tirano empezó la persecucion mandando á sus soldados que dispersasen á flechazos á los fieles reunidos en las iglesias, y en el reinado de su hijo Hunerico mas de cuarenta mil católicos fueron condenados á muerte ó bárbaramente mutilados en el corto espacio de dos años.

Por aquel tiempo el rey de los visigodos Eurico, ardiente arriano, atacó con encarnizamiento la fe de Nicea. «En su reinado, dice Sidonio Apolinario, caian arruinados los templos; la entrada de los lugares sagrados estaba obstruida de espinos; los santuarios servian de cuevas á los animales salvajes y los ganados iban á pacer la yerba que crecia alrededor de los altares.»

Tan enérgica persecucion arreciaba como para esperar la que el emperador Leon el iconoclasta inauguró á principios del siglo VIII. Confundidos en la misma hoguera caian los adoradores de Dios y las imágenes de los santos, que segun una expresion feliz «fueron quienes nos enseñaron á adorarlo.» Lo que los cristianos se abstuvieron de hacer contra los ídolos, representantes de las pasiones viles, hicieronlo durante un largo período los iconoclastas contra las hermosas personificaciones de las virtudes celestiales. La tea incendiaria redujo á ceniza los recuerdos venerables de la primitiva Cristiandad. Constantinopla se convirtió en foco de guerra contra Roma.

En la Edad media, á pesar de haber conseguido la Iglesia ocupar un lugar influyente y casi soberano en los consejos gubernamentales de la Europa, no se libró de tremendas y sucesivas persecuciones. En aquella época en que la Religion y la política estuvieron aliadas en principio, no cesaron de surgir complicaciones lamentables que amargaron el espíritu de los sumos pontífices y de los sacerdotes.

La opinion pública era católica; los pueblos que habian saboreado las dulzuras del espíritu religioso modelaron sus costumbres en las grandes inspiraciones del Cristianismo. La conciencia general de la humanidad encontró la paz en la palabra siempre atinada y previsoras de los sumos pontífices. El pontificado era la poderosa, podemos decir, la única autoridad que ejercia verdadera y profunda influencia en el corazon de los pueblos. El vulgo se hallaba sometido. Sin embargo, los poderes seculares, las terrenales soberanías no se hallaron de acuerdo con el espíritu popular. Con frecuencia los monarcas alzaron pendon contra los pontífices y se coaligaron con los herejes, aunque proclamaran estos algunos principios disolventes del orden social.

La Edad media fue fecunda en herejías, y por desgracia sus grandes heresiarcas pudieron contar con la proteccion de los cetros mas influyentes.

Creen algunos que en aquella época importante de la historia, la Iglesia, mas bien que militante, podia llamarse triunfante; sin embargo, dista mucho de ser así. Una de las mas colosales figuras de aquella edad, Gregorio VII, el intrépido defensor de las libertades católicas, tuvo que sostener luchas gigantescas contra las potestades del siglo, y terminó sus dias expatriado de su Sede, pronunciando al expirar las siguientes palabras, testimonio eterno de lo distante que estaba la Iglesia de contarse victoriosa: *Amé la justicia y aborreci la iniquidad, por esto muero en el destierro.*

Mas tarde el emperador Federico Barbaroja crea cuatro antipapas, logra la consagracion sacrilega de su dignidad, y desde las alturas del capitolio impera hasta que suena la hora de la vindicacion divina.

Federico II jura despues la ruina de la Iglesia, desola los dominios pontificios, encarcela sus obispos y sitia sucesivamente tres papas en el castillo del Santo Ángel.

En el siglo XIV, Guillermo Occam, escritor anatematizado por la santa Silla, resuelve exterminar el Catolicismo, y sabiendo que el emperador Luis de Baviera va á enarbolar la bandera de guerra á Roma le sale al encuentro y «Príncipe, le dice, cuenta con mi pluma,



haz que yo pueda contar con tu espada.» Los novelistas alemanes y los legistas ingleses, inspirados en las declamaciones de Guillermo Occam, crean una atmósfera antipontificia en Europa; Juan XXII es tratado por la literatura corrompida «como el Antecristo, como el here-siarca, como el dragon de siete cabezas.»

La Iglesia tuvo en aquellos dias sus aciagas persecuciones.

Se dirá: ella tambien perseguia, principalmente en aquella época; ella tambien reducía por medio de la fuerza material á la obediencia y al respeto religioso á cuantos se desviaban de la senda trazada por la autoridad religiosa.

Y nosotros con la historia en la mano contestaremos: estos castigos á los que se da el nombre de persecuciones recaian casi siempre sobre perturbadores sociales, sobre hombres que querian disfrazar con las apariencias de una divergencia religiosa sus proyectos criminales. Los valdenses, los albigenses y otras sectas que atrajeron la autoridad de los sumos pontífices eran algo mas, mucho mas que otras tantas escuelas teológicas, eran sociedades creadas para esparcir por do quiera el espanto y el incendio.

El órden social estaba colocado entonces bajo la égida de la autoridad religiosa, sin cuya sancion carecian de fuerza y de prestigio las disposiciones de los reyes. La Iglesia debia, pues, proteger los principios y las instituciones en que se basaba el órden de cosas de aquella edad, y no podia negar el auxilio moral á las soberanías por ella apoyadas para reprimir los excesos de los espíritus mas turbulentos de aquel período histórico, que pronto lo hubieran desconstituido. Lutero, formulando el protestantismo teológico, fue la expresion de los deseos y de las aspiraciones de los imperios emancipados.

El lema del luteranismo fue proclamar la libertad de exámen en materias religiosas y emancipar la cristiandad del *yugo* de la autoridad pontificia. El criterio individualista reclamaba los derechos del magisterio apostólico, y la Biblia santa era entregada á la discusion de todos. La libertad religiosa entrañaba el gérmen de la relajacion moral. Todos los espíritus inquietos de aquella época acudieron presurosos á agruparse junto á la bandera protestante, que no tardó en convertirse en enseña del desórden social y de la persecucion.

Los protestantes empezaron á enconar los ánimos contra la Iglesia, á escitar las masas contra las instituciones católicas, á coaligar las pasiones populares contra el sacerdocio, y á desafiar pública y audazmente el poder pontificio, quemando con aparato una bula del Papa precedente. Así obraban los que habian proclamado por principio el respeto á la opinion de todos: «Yo haria un lio del Papa y de los Cardenales y los arrojaria juntos al Tíber, con la certitud que el baño les seria favorable,» escribia Lutero, dando con estas palabras carácter al movimiento que inició su doctrina.

Las masas se desenfrenaron, tanto mas fácilmente, en cuanto herida la autoridad en que se apoyaba toda soberanía, los poderes terrenales sintieron debilitar su fuerza moral. Nada estuvo seguro desde aquella hora; las personas y las cosas santas se vieron espuestas á ser víctimas de los desmanes de los sectarios amotinados, que tenian en la vacilacion de creencias de la mayor parte de los gobiernos la garantía de su impunidad.

Las disensiones con Roma pasaron á la órden del dia; los escándalos repetidos contaminaron el corazon de los guias, que debian ser lumbreras del género humano, y en son de exigencias pretendieron del Papa concesiones imposibles.

El hábito de la inmoralidad llegó á emponzoñar el alma de uno de los monarcas que mas se habian distinguido en la defensa de la fe católica; Enrique VIII abjuró la fe, que habia protegido, porque el Papa se negó á rasgar en su favor una página del código de la eterna justicia.

Entonces Inglaterra se convirtió en una hoguera inmensa; á torrentes corrió la sangre de los confesores católicos; hacináronse en las cárceles y mazmorras de aquella isla cuantos se resistieron á apostatar de sus creencias salvadoras. Nada se respetó por aquella revolucion incomparable. La dignidad humana fue desconocida por los que gritaban: «guerra á Roma»



bajo el pretexto de que Roma deshonoraba la razon y desconocia las prerogativas inherentes á la naturaleza. Los católicos fueron declarados parias, y como en su lugar veremos, la ley anglicana despojó de todos los derechos de ciudadanía á cualquiera que tuviera valor de continuar llamándose «católico.»

Entonces empezó la persecucion y el martirio de la fiel, de la religiosa Irlanda.

¡Ah! si la Iglesia de JESUCRISTO, si en nombre del Pontífice romano se hubiera, en algun período de la historia, llevado á cabo una obra semejante á la que con sorprendente tenacidad efectuó la cismática Inglaterra contra todo un pueblo; si por espacio de dos siglos y medio una nacion católica hubiera dicho á una provincia gentil ó cismática: Eres indigna de asimilarte á las demás provincias en privilegios y en derechos; no puedo permitir en tus manos grandes tesoros, grandes propiedades, ni grandes fuerzas; tus hijos son incapaces de merecer la confianza de los grandes empleos y de ser investidos de las nobles dignidades; tú tendrás, en lugar de la ley de proteccion que abriga á tus hermanos, una ley de precaucion que te vigile y otra de exaccion que te debilite; tu religion será legalmente entregada al vilipendio de los representantes de la mia; yo haré que los ministros de tu culto no puedan vestir sino harapos, y pondré especial cuidado en que al lado de tus desvencijados templos se levanten soberbios los míos, cuyos pontífices haré que estén deslumbrantes en opulencia, para aumentar con esta gloria tu afrenta; si por centenares de años el Catolicismo hubiera pisoteado, calumniado, vilipendiado, insultado, empobrecido y escarnecido á un pueblo; si hubiéramos motivado la emigracion de la mayoría de los moradores de aquel pueblo, dispersándolos á cultivar con sus brazos campos extranjeros y á enriquecer con su ingenio la industria de naciones rivales, ¿qué se hubiera dicho del Catolicismo? ¡con qué energía se hubiera declamado contra tamaña tiranía! ¡cómo se hubieran coaligado los protestantes de la tierra para protestar contra tan injustificable despotismo! ¡cuántas lágrimas se hubieran vertido sobre la Irlanda! y sin embargo, el martirio sufrido por la Irlanda por parte de la protestante Inglaterra, no ha quitado á la grande opresora las consideraciones debidas á un país humanitario.

¡Qué es esto! ¡Qué misterio envuelve tamaña condescendencia! ¿Por qué la sociedad es tan implacable contra la menor sombra de vejacion, ó mejor, de severidad por los católicos ejercida, y es tan indulgente y olvidadiza cuando se trata de las opresiones por el cisma realizadas?

Conviene insistir en este punto. Es preciso dejar profundamente trazado el paralelo entre persecuciones y persecuciones; urge que la historia diga, ó mejor, que entienda el mundo la voz clara de la historia, y que todos los hombres de buena fe llamen tiranos á los que tiranizan, y víctimas á los tiranizados.

Al inaugurarse el martirio de los irlandeses, Alemania veia convertidos sus campos en teatro de una série de horrendos atropellos ejercidos contra los católicos. La profanacion sistemática de los lugares sagrados, el pertinaz insulto á los sacerdotes, la intrusion de los protestantes en los negocios de la Iglesia, produjo un malestar, un frenesí, una agitacion que dió por fruto la guerra de los treinta años, á la que ninguna otra guerra ha superado en crueldad. La Iglesia católica fue víctima en todas sus escenas.

Tambien en la Francia, á pesar de llamarse hija predilecta del Cristianismo, el furor protestante causó víctimas numerosas é irreparables. El pueblo de san Luis, que se habia engrandecido á la accion fecunda del Catolicismo, y que bajo la égida del mismo proseguia su marcha majestuosa, haciéndose digno de la alta mision que la Providencia le habia confiado, vió interceptado el camino que pacífica y gloriosamente seguia por los obstáculos levantados por los calvinistas, encargados de comunicar á la Francia las agitaciones religiosas y sociales de Inglaterra y de Alemania. Todos los vacilantes en la fe y los de contaminada conducta fueron á engrosar las filas de la emancipacion moral que en Francia proclamaba Calvino como en Inglaterra la habia proclamado Enrique VIII. El Mediodía de la Francia ardió pronto, los pocos,



pero audaces reformados, arrojáronse con ímpetu infernal sobre la cristiandad fiel, y sembraron el pánico en el corazón de los pueblos puestos en la alternativa de ser impunemente ultrajados, ó de abandonar la fe que de sus antepasados habian recibido. Los insultos y vejaciones perpetrados contra los que pacíficamente practicaban la religion ya tradicional en el país, levantaron el ánimo de las víctimas, pues víctimas eran los católicos del siglo XVI en Francia. Encendióse allí la guerra religiosa como en Alemania, y si para amenguar los escesos calvinistas otorgóse el célebre edicto de Nantes, crecieron estos á favor de la tolerancia y de las concesiones por aquel edicto acordadas, hasta el punto de que la opinion pública, casi unánime, pidió su revocacion.

Y, ¿cómo no habia de reclamar un pueblo católico contra una legislacion que amparaba á los que, en expresion del Ilmo. Cornulier, obispo de Rennes, en aquella época, «habian transformado los templos en establos, las fuentes bautismales en cubas para salar tocino; á los que habian arcabuceado los crucifijos ó los habian atado á la cola de sus caballos, á los que habian violado los sagrarios y arrebatado el Santísimo Sacramento de manos de los sacerdotes, que procesionalmente lo ostentaban?»

«Imposible es consignar, ni siquiera en resúmen, dice V. Segretain (1), los testimonios auténticos de la hipocresía, con la cual los reformadores se procuraron un mediano éxito entre las poblaciones católicas, protestando no pretender reñir con la Iglesia católica, y del furor con que destruian hasta los últimos vestigios del culto, cuando pudieron contar con el apoyo del brazo secular.

«En el primer período, muy corto por cierto, la reforma atrajo á las masas, que creian ver en ella el Catolicismo purificado de ciertos abusos, esto es, una depuracion de la Iglesia, pero no su destruccion. En el segundo período, cuando vieron los pueblos que de lo que se trataba era de arrebatárles la fe de sus antepasados, retrocedieron con espanto, y solo por la violencia se mantuvieron bajo la reforma. El protestantismo se conserva allí donde los soberanos le establecen, ante todo, á sangre y fuego, luego por las legislaciones sistemáticas; mas allí donde los soberanos vacilan, la herejía no ahonda sus raíces, y definitivamente los pueblos le abandonan cuando le abandonan los reyes. Solo la perfidia arranca la fe del pueblo verdadero; contra la fe del pueblo solo es eficaz, y no siempre, emplear la cuchilla del verdugo ó la sancion de la ley.»

El edicto de Nantes habia colocado á la herejía calvinista bajo la égida de la proteccion nacional; los herejes protegidos no tardaron en armar sus brazos con el puñal y la tea.

Innumerables fueron las víctimas sacrificadas; la revocacion del célebre edicto fue una satisfaccion dada á los clamores de los católicos vejados y oprimidos.

La persecucion á la Iglesia habia sido récia, pertinaz, injustificable.

Los que afectan creer que las conquistas morales obtenidas por los representantes del evangelio de JESUCRISTO débense á la proteccion material, ¿cómo explican la conservacion de la fe en el siglo XVIII? Á escepcion de los monarcas españoles, y aun no todos, ¿qué poderes defendian á la Iglesia católica? ¿Qué privilegio tenia en realidad la predicacion verdadera en el siglo llamado del filosofismo, y cuando esta palabra filosofismo significaba únicamente racionalismo, naturalismo y hasta ateismo? ¿De qué favor podía disfrutar la Iglesia romana en una época en que la política se hallaba impregnada del espíritu de Federico de Prusia, y la literatura fijaba en las blasfemas armonías de la poesía de Voltaire el tipo de la belleza? Donde la pluma de Voltaire era el cetro de la literatura, y el cetro de Voltaire servia de pluma á los legisladores, la cruz no podia verse envuelta con ninguna gloria oficial.

El siglo XVIII terminó como era lógico que terminara. La revolucion francesa del último decenio de aquel siglo fue un epílogo correspondiente á los insultos dirigidos á la Religion por los filósofos y políticos que habian dirigido sus sectas y sus sistemas.

Los que os horrorizais al pensar en un puñado de víctimas sacrificadas por la severidad

(1) *Historia de Sixto V y Enrique IV.*



moral de algunos reyes, y en algunos países, ¿qué decís ante la horrorosa hecatombe que ofreció la Francia á últimos del siglo XVIII? ¿No os horroriza el espectáculo de millares de millares de sacerdotes y de religiosas llevados á la guillotina? ¿Nada teneis que decir contra la ruina de los monumentos mas gloriosos erigidos por la piedad de muchas épocas? Decid con ingenuidad, desde 1789 en Francia ¿fuimos perseguidores ó víctimas?

Dos pontífices ancianos arrojados de la silla romana y arrastrados, sin consideracion á sus años y á sus achaques, á un destierro penoso; la soberanía de la Iglesia desconocida y usurpada por un monarca advenedizo, la confusion y el enredo introducidos mañosamente en la disciplina y en la organizacion del clero, fue el cuadro que presentó la situacion del mundo al orientar el presente siglo.

¿En qué época, en qué parte, cuándo y dónde, en lo que va de siglo XIX, la Iglesia católica se ha hallado en situacion de perseguir y de atropellar? Examínese año por año el tiempo trascurrido desde la célebre, la trascendental revolucion francesa, examínese palmo á palmo toda la tierra civilizada, y señálenos una hora, señálese un pueblo en el que el Catolicismo haya ejercido, ó siquiera podido ejercer la tiranía.

Las masas populares, llenas del espíritu de emancipacion, entregadas con insaciable anhelo al goce de los placeres sensuales, se han hallado muy ajenas á la docilidad indispensable para dejarse dominar, y mucho menos sojuzgar, por la autoridad de la Iglesia; por otra parte los monarcas, recelosos del restablecimiento del predominio de la soberanía católica, han mirado con mas prevencion el desarrollo del espíritu religioso que el del creciente y altivo socialismo. Las legislaciones dominantes, impregnadas del espíritu protestante, han sostenido constantemente el movimiento secularizador de la época.

Esta Iglesia, que acusais de perseguidora, ha sido declarada sospechosa unas veces y peligrosa otras á los intereses políticos legados al nuestro por los últimos siglos. Todo cuanto podia rodearla de cierto prestigio y de cierta influencia ha sido blanco de ataques combinados y perseverantes.

Se le ha arrebatado la propiedad.

Se le ha arrebatado la enseñanza.

Se le han arrebatado los monumentos que immortalizaban sus glorias.

Se le han arrebatado sus galerías artísticas y sus bibliotecas científicas.

Se le ha arrebatado, ó á lo menos se ha pretendido arrebatarle, su honra, calumniando su historia.

Pobre, desautorizada, teniendo por pedestal de sus altares las ruinas de sus monumentales glorias, despojada de los testimonios de la fecundidad de su genio, acusada de despótica á la menor actitud de recobrar algo de lo que le arrebataron sus constantes adversarios, dígame de buena fe qué clase de persecuciones eran posibles de su parte.

Á qué evocar los rigores históricos, exagerados por la pasion, en un siglo en que la Iglesia no tiene donde descansar tranquila su cabeza coronada de espinas.

Cuando el Pontífice no es moralmente libre de salir del Vaticano, porque á sus mismas puertas están los centinelas del monarca que, aplaudiendo Europa, se ha anexionado la Roma de los Gregorios y de los Leones; cuando la Italia ha hecho perecer de amargura ó por las penalidades las dos terceras partes de los obispos, y ha arrojado á la calle á miles de indefensos religiosos; cuando la Francia de san Luis, protectora nata de los intereses y del imperio de la Iglesia, ha descendido á ser la Francia de Napoleon III, el tenebroso aliado de Víctor Manuel, para arruinar la obra de Carlo Magno y de Pepino, y luego ha descendido mas y ha sido la Francia de Rochefort y de Gambetta, viendo ensangrentada su capital con el asesinato de un prelado, tipo de evangélica mansedumbre, y de una multitud de sacerdotes, modelos de virtudes cristianas, y la blasfemia y la conculcacion de todas las leyes divinas tienen su legalidad ante la Constitucion fundamental; cuando la Alemania victoriosa se inspira en la anticatólica política del astuto Bismark, que madura en su cabeza de gigante el pro-



yecto del cisma infernal, mientras corta las alas á la influencia de la Religion en aquel país; cuando el Catolicismo no cuenta en toda la Europa un monasterio garantido, una universidad garantida, una catedral garantida, un edificio garantido; cuando si los católicos, tomando parte en el movimiento político como ciudadanos, nos aprovechamos de los derechos proclamados se nos dice: *Perturbais en su marcha el espíritu del siglo*, y si nos retraemos de las funciones de una maquinaria montada contra nosotros se exclama: *Perteneceis á otra época*; cuando sucede todo esto ¡no es cinismo declarado hablar del carácter perseguidor de la Iglesia católica!!!

Jamás pudo hacerse con justicia semejante acusacion contra nuestras instituciones; empero este cargo, siempre injusto, nunca como en el siglo presente fue inoportuno.

Es demasiado evidente que siempre y en todas partes la Iglesia es hoy la víctima sacrificada á todos los caprichos, á todas las tendencias y á todos los proyectos.

Conócenlo ya los que imbuyen á las masas inconscientes erróneas ideas, propalando el convencimiento del carácter despótico de la Iglesia. Sin embargo, muchos de los que claman contra la Iglesia, muchos de los que la odian no la conocen. Han leído las novelas inspiradas por el espíritu de Voltaire, se han nutrido en las exageraciones y en las calumnias de la escuela cínica; se les ha dicho: «leed, instruíos, aquí teneis la historia,» y se les ha dado por historia una novela; y en cada página de aquella novela, calificada de historia, se ha pintado, no con el pincel del retratista, sino con el del fogoso inventor una escena revoltante. La imaginacion del pueblo, que siempre es viva y perspicaz, ha encontrado para nutrirse cuadros en los que muy al relieve ha visto á los pontífices concertándose con los tiranos para aherrajar á los indefensos, para labrar la ruina de las familias, para vender la libertad y la dignidad de los hombres; ha podido contemplar orgías de religiosos y de magnates brindando, las copas llenas de sangre de ajusticiados y de sudor de oprimidos para la consumacion de la esclavitud humana; ha visto pintados cónclaves de príncipes de la Iglesia haciendo irrisión, en la oscuridad del secreto, de los dogmas que en público se glorifican; ha visto ridiculizados los Sacramentos, en los que plugo al Redentor fundar la divina economía del Cristianismo, y trocado en lugar de sensuales desahogos el que es la saludable piscina donde las almas se purifican; ha visto las instituciones mas sagradas pintadas como otras tantas operaciones mercantiles, y simbolizadas en una banca industrial las graves cuestiones de la inmortalidad y de la eternidad; ha visto, en fin, que la cruz misma, sagrado recuerdo de la muerte de la víctima divina, y símbolo de las persecuciones de sus adoradores y de sus discípulos, era nada mas que la pantalla con que la hipocresía sacerdotal encubria la tortura, y el ara donde sacrificaba la Iglesia los individuos y las muchedumbres bastante dignas para no creer, bastante virtuosas para no esperar.

Ni una palabra se dice al pueblo de lo que la Iglesia ha hecho para el pueblo.

Y si el pueblo sencillo ha preguntado un dia con candidez á los novelistas aspirantes á historiadores: «Y los hospitales, y los orfanatos, y los hospicios, y las universidades, y las demás instituciones benéficas levantadas por el Catolicismo, ¿cómo se concilian con su carácter antihumanitario y antipopular?» se les ha contestado: «¡Imbéciles! ¡Todavía permaneceis con los ojos cerrados!!!

«¡Hospitales! Ellos representan la especulacion del Catolicismo sobre la enfermedad.

«¡Orfanatos! Representan el proselitismo católico sobre la niñez.

«¡Hospicios! Representan la explotacion católica de la pobreza.

«¡Universidades! Representan el monopolio de las letras para la perpetuacion de la ignorancia.»

Y los infelices creen las afirmaciones de los incrédulos, y exclaman: «Ahora vemos.»

Pues bien; para demostrar que no pasa de ser una novela lo que se les exhibe como una historia nos bastará recorrer pausadamente los siglos cristianos; partir del Calvario, en cuya cumbre saludaremos crucificado al Redentor de los hombres, amigo incomparable de los pue-



blos, hasta el Vaticano en los presentes dias; nos bastará coleccionar los cuadros de las sucesivas persecuciones sufridas por la Iglesia de JESUCRISTO, y oponer esta coleccion leal, imparcial, concienzudamente pintada, y decir á los alucinados; «La historia es esta.» El que nos envia nos legó la persecucion universal, diciéndonos: *No ha de ser de mejor condicion el discipulo que el maestro. El que quiera seguirme es preciso que tome mi cruz. Se os calumniará, se os perseguirá, se os martirizará, y aun se tendrá como un obsequio hecho á Dios y á los hombres el haberos sacrificado.* Este legado lo hemos cobrado fielmente de la humanidad; el programa se ha cumplido. Esto vamos á probar con profusion de escenas y de datos de todas clases.

Y ¿por qué ha cumplido el mundo con tanta exactitud la persecucion anunciada á la Iglesia por JESUCRISTO? ¿Qué fuerzas han contribuido á la ejecucion de aquel anuncio de la sabiduría encarnada:

Veámoslo.

## II.

¿Por qué las persecuciones? ¿Quiénes fueron y son los perseguidores?

JESUCRISTO vino á traer la paz al mundo, y verdaderamente la doctrina que predicó, la ley que perfeccionó, las instituciones á que dió espíritu y vida, la Iglesia que vino á apoyar, fecundizar y perpetuar las instituciones, la ley y la doctrina de JESUCRISTO tuvieron el carácter, hablando el lenguaje del gran Pontífice que hoy rige al universo católico, de una obra de *pacificacion y de iluminacion universales.*

Empero la luz y la paz de que eran acreedores, y á que ardientemente aspiraban las almas sencillas, los corazones rectos, los hombres de buena voluntad no convenian igualmente á los que, aconsejándose con el criterio de las pasiones incompatibles con la moral evangélica, veian en el triunfo de la humanidad un límite impuesto á los desafueros de su egoismo; en el de la pureza cristiana la condenacion de los lúbricos placeres de su sensualismo, y en el de la liberalidad santa la sentencia definitiva contra su ambicioso positivismo.

La predicacion del Legislador divino, al paso que despertó las puras y legítimas esperanzas de los que aceptaban como bello ideal el establecimiento del reino de Dios, que es tambien el de la justicia y de la caridad en la tierra, alarmó á cuantos no se hallaban dispuestos á deponer en aras del deber y del bien universal sus proyectos de egoista avasallamiento, de insaciables conquistas, y de monstruosas explotaciones.

La Redencion divina por JESUCRISTO cambiaba las bases de la felicidad humana, y con ellas los caracteres del bienestar y de la civilizacion. Nadie hasta JESUCRISTO habia osado decir que la bienaventuranza estribaria en el espíritu de pobreza, de mansedumbre y de pureza, porque se necesitaba la omnipotencia de un Dios para desafiar con la apología de los pobres la conspiracion del oro, con la apología de los mansos la conspiracion de los orgullosos, ó del poder, y con la apología de la continencia la conspiracion de las pasiones, ó de la carne.

Del paraíso al Calvario la carne, el orgullo y el oro se repartieron el imperio del mundo, y las civilizaciones que unas á otras iban sucediéndose se distinguian por el espíritu que en ellas predominaba, y que era siempre el de la avaricia, el de la lascivia ó el de la ambicion.

En el fondo la Redencion consistia en libertar al hombre del triple aspecto de la esclavitud del pecado, y en este sentido el Eterno hizo escribir en su santo libro esta palabra: *donde está el espíritu de Dios allí se encontrará la libertad.*

La libertad de la verdad, del bien y de la justicia convenia á los hombres desprendidos, á las almas limpias y á los corazones mansos; mas no, de ninguna manera á los espíritus al-



tivos, sensuales y ambiciosos. De ahí el que el anuncio de paz enviado por JESUCRISTO á los escogidos les valiera la declaracion de guerra por parte de los prótervos.

La obra de *iluminacion* no gustó á las tinieblas, la obra de *pacificacion* fue rechazada por los que especulaban con la dignidad y armonía de las conciencias y de los pueblos; y así, aunque todos los hombres eran hijos de la luz, y tambien de la paz engendrada por los resplandores de la luz, al venir á ellos JESUCRISTO, luz de luz, y paz inmensa del eterno amor, no fue recibido por los suyos, segun frase inspirada al Evangelista.

¡Los suyos no le recibieron, le rechazaron! y para rechazarlo hubieron de desvirtuar su procedencia divina, su mision divina, su ley divina, su obra divina; no podian desvirtuarle sin calumniarle; le calumniaron, pues, para poder acusarle, condenarle, ultrajarle, torturarlo y martirizarle.

Los ídolos, que eran altas personificaciones de las miserias y ceguedades de la humanidad caída, y bajo cuyo imperio se habia sostenido la esclavitud de las almas, no quisieron descender del altar para que subiera en él el Restaurador de la imágen divina en el hombre; no le ofrecieron el altar á JESUCRISTO, presentáronle la cruz, y ya en aquel trono de ignominia, las tres pasiones características de la historia del hombre rebelde acudieron en son de triunfo al llamamiento del Verbo encarnado; mas ¡ay! el oro, en vez de rendir el cetro ante JESUCRISTO, sujetó su mano con un clavo; y la soberanía sujetó su otra mano con otro clavo, en vez de darle el cetro egoista para que le convirtiera en cetro de la caridad; y la concupiscencia sujetó con un tercer clavo sus piés, bajo de los que no se atrevió á arrojar el símbolo de las pasiones corruptoras.

JESUCRISTO, pues, en vez de recoger, como tenia derecho á esperar, los tres cetros, símbolo de las tres pasiones esclavizadoras de la humanidad, recibió tres clavos, ¡elocuente y solemne declaracion de guerra á las virtudes en que venia á buscar su reino!

La persecucion de la obra divina por las pasiones humanas tiene su expresion mas desgarradora en la escena del Calvario. Los tres clavos que sujetaron el divino Maestro simbolizan las persecuciones que en el decurso de las edades habian de sufrir sus discípulos.

*Jesucristo perseguido* significa el *apostolado perseguido*; el Calvario supone las Catacumbas, Poncio Pilatos reclama á Neron. La cruz, siempre y en todos lugares, erigida por los cristianos es testimonio indeleble de que el Cristianismo es un combate.

El Evangelio que nos pinta el génesis de la Redencion se halla inundado por los resplandores del gran Mártir; el Apocalipsis, que anuncia la época postrera de la sociedad, y por lo tanto, el cuadro final de la peregrinacion humana, nos deja entrever el tinte sangriento que ofrecerá el último crepúsculo de los siglos. De JESUCRISTO condenado por la Sinagoga, á Elías y Enoch sacrificados por el Antecristo, el libro cuyas descripciones son constantemente realizadas en la historia de la Iglesia es el de *los hechos de los Apóstoles*; esto es, una série de generaciones de justos luchando contra otra série de poderes y de muchedumbres obcecadas; una série de hijos de Dios á quienes las pasiones indómitas sujetan con clavos para que no se les arrebaten sus cetros indignos.

¡Verdad es que el espíritu cristiano sale triunfante siempre en todos los acerbos combates, y que la muerte de los escogidos no amenaza la inmortalidad de la Iglesia!

¿Y quiénes han sido, quiénes son todavía los perseguidores del Catolicismo?

No vacilamos en afirmarlo, los representantes de todas las fuerzas vitales de la sociedad. Los hombres de Estado, los hombres de talento, los grandes tribunales.

Un grande orador ha dicho: «La razon de los hombres de Estado se levantó desde el principio contra nosotros, y no solamente nos perseguian los hombres de Estado de la índole de Neron y de Tiberio, sino tambien los del carácter de Trajano y Marco Aurelio, esto es, hombres que en el fondo tenian un espíritu grande y generoso, y que desplegabán verdadero genio en el gobierno de los negocios humanos. Estos hombres se declararon contra nosotros y lo mismo hicieron la mayor parte de los estadistas del Bajo imperio...» ¿Por qué esta oposicion



poderosa de los gobernantes del mundo contra la Iglesia? ¿Es que JESUCRISTO vino á echar á la tierra la semilla de la rebeldía humana, y á imposibilitar, por lo mismo, la accion gubernamental de la política? Todo lo contrario, JESUCRISTO vino á elevar el principio del poder ó de la soberanía humana declarándola legataria de la autoridad divina.

Leed á Ventura Ráulica:

«En cuanto al hombre, dice, Dios se hizo su padre, porque le dió la vida; su rey, porque le proporcionó los medios para perpetuar y conservar su especie; y su pontífice, porque se reveló á él con su luz y le santificó por medio de su gracia.

«Y en la economía de su providencia Dios ha establecido que esas tres funciones, que él mismo desempeñó directamente respecto al primer hombre, fuesen ejercidas por el ministerio de otros hombres respecto de los demás.

«En efecto, él nos engendra por medio de los padres, nos conserva por medio del poder público, y por el ministerio eclesiástico nos enseña y nos santifica, para que haya unidad en la gran familia humana.

«Pero las funciones paternales, no por ser ejercidas por hombres dejan de ser continuacion de la accion del Dios *Creador*; las funciones públicas, cuyo objeto es mantener el orden en las familias, tampoco dejan de ser, por su parte, continuacion del Dios *Conservador*; ni las funciones eclesiásticas, por las cuales iluminamos las almas y les *administramos los misterios divinos*, dejan de ser continuacion de la accion del Dios *Redentor y Santificador*.

«Así como en el orden político todo ciudadano que ejerce una funcion del poder público tiene derecho á ser obedecido y respetado con este mismo poder; así el poder doméstico, el poder coercitivo y el poder eclesiástico, ejerciendo funciones divinas, tienen derecho á la obediencia y respeto debidos á Dios mismo.

«Por donde se ve que los preceptos de los príncipes de los apóstoles, prescribiendo la sumision á los diversos poderes de la tierra como el poder supremo del Dios del cielo, se fundan en una gran razon, y contienen una doctrina altamente filosófica (1).»

Los anteriores párrafos que contienen la exacta expresion del criterio católico sobre la dignidad del poder, manifiestan que el Cristianismo, lejos de rebajar, elevó infinitamente las bases del Estado afirmando el carácter sagrado de toda legítima autoridad.

El Cristianismo vino, por consiguiente, á revestir el Estado de una autoridad superior; ¿no comprendieron esto los políticos? Imposible es que lo ignorasen. ¿Por qué, pues, los hombres públicos no se agruparon bajo la bandera cristiana, que á tanta altura levantaba el ministerio político?

¡Ah! es que esta elevacion y esta nobleza que el Cristianismo ha comunicado á la soberanía humana, la ha sujetado á una ley divina, ley que le ha impuesto límites sagrados, ley que ha condenado severa é inapelablemente sus trasgresiones, ley que ha hecho á esta misma soberanía súbdita de la ley organizadora y armonizadora de los hombres, y de las familias; ley que ha dicho al soberano; tú no eres el dueño absoluto de este pueblo que pongo yo á la sombra de tu centro, tú eres nada mas que el administrador de esta heredad que es mia; cuidado á derribar sus árboles, cuidado á arruinar sus edificios, cuidado á atropellar sus colonos. Cultiva, pero no oprimas; mira que eres responsable ante mí de tu administracion. Aquí tienes un código de gobierno el código de la eterna justicia, no te separes de él, porque segun él serás juzgado.

Este es el lenguaje del Cristianismo.

Gran parte de los hombres de Estado al oír esto, han dicho: No, no nos conviene semejante sujecion; no nos convienen tan insalvables vallas. Este juicio y la residencia á que se nos sujeta corta el vuelo á nuestras arbitrariedades. Fuera condiciones, queremos el poder incondicional, el poder ilimitado.

Esta es la explicacion del combate sostenido por los hombres de Estado, contra el Cristianismo, á pesar de haber este afirmado la elevacion de la soberanía, y la nobleza de un minis-

(1) *El poder político cristiano*, disc. 1.º



terio, que consideraba como auxiliar del orden moral ¡Y cosa particular! «Antes de JESUCRISTO el sacerdocio, aunque deshonrado por el error, era honrado, mimado y sostenido por el imperio. Las mas ilustres familias de Egipto, de Grecia y de Roma componian los colegios pontificios. Y si en aquellos tiempos se hubiera encontrado un hombre bastante osado para denigrar al sacerdocio pagano en los términos con que hoy se calumnia al sacerdocio católico, las furias de la república se hubieran erguido espontáneamente para descargar sus iras sobre el profanador de los derechos, y el injuriador de los guardianes de la conciencia humana. Bien distinta es la suerte de los ministros católicos. Se nos ha dado lo que aquellos no tenian, se nos ha dado la fuerza y el poder de resistir; se nos ha dado la soberanía de la conciencia con orden de derramar hasta la última gota de nuestra sangre para defenderla, y la hemos derramado y la derramamos cada dia. Hacemos mas, el martirio es poco; mas difícil que el martirio es resistir á los poderes que nos persiguen, á los deseos de los hombres de Estado, dignos muchas veces de la mayor estimacion, y luchar con ellos mano á mano cada dia.

«¡Ah! Cuando un sacerdote quiere estar tranquilo y gozar de los honores mundanos trazada tiene la vereda; que ceda, que afloje ante la soberanía humana; que á esta exigencia obre como á sacerdote pagano en lugar de obrar como sacerdote cristiano; entonces los honores, la piedad pública, el nombre de tolerancia, el favor de la opinion le encadenan á porfía..., pero que un pobre sacerdote atienda á su conciencia mas que á su vida, que prohíba á la soberanía humana la introduccion en el arca santa, inmediatamente comienza para él el martirio doloroso, que no es otra cosa la necesidad de combatir á los que estima y ama, y el apurar el cáliz de un odio tanto menos merecido en cuanto se trabaja y sufre por la dignidad de aquellos mismos que nos persiguen (1).»

Es indudable que si el Catolicismo pudiera deponer las llaves de la conciencia que le confió el Redentor divino, el cetro de todos los hombres de Estado habria amparado y protegido á la Iglesia; el Evangelio se hubiera aceptado por todos los imperios y por todas las repúblicas si hubiéramos podido transigir en borrar de él algunas páginas, muy pocas. Estas páginas, que constituyen los límites del poder, que son la valla en que se estrella el orgullo de la soberanía, nosotros hemos declarado que eran indelebles; á esta declaracion de integridad moral la soberanía política se ha insurreccionado; la proteccion debida se ha convertido en persecucion cruel, pertinaz, insensata.

La guerra al Catolicismo ha tenido otro auxiliar. Los hombres de talento en general nos han combatido. Nótese que decimos «los hombres de talento,» no el talento, no la sabiduría. Las victorias conseguidas por los controversistas católicos sobre los errores de todas las escuelas prueban que la fe no rechaza el talento, y que existen relaciones de intimidad entre la sabiduría y la creencia. Desvaneciéronse ya las preocupaciones del siglo pasado sobre la alianza de la Religion y de la ignorancia.

Sin embargo, la razon humana, á la que el Cristianismo elevó como á la razon política, ilustrándola con la revelacion de verdades que escedian á su alcance, encontró en el dogma divino un límite natural, y la inteligencia se rebela contra toda traba.

Por esto las escuelas desencadenaron ya en el comienzo de la era cristiana las furias de sus sofismas contra el dogma, pretextando que el dogmatismo impedia el vuelo de la razon, y esto que nunca la razon pagana, á pesar de su independendencia, habia dominado un horizonte tan vasto como el que domina la razon católica, á pesar de su sujecion.

Los hombres de escuela se coaligaron con los hombres de Estado contra el Catolicismo; estos porque el Catolicismo limitaba su soberanía con la ley poderosa y paternal de la justicia divina, aquellos porque limitaba su razon con las predicaciones de la cátedra de la verdad eterna; es decir, las cátedras filosóficas rechazaron como un obstáculo racional la cátedra divina; los tronos humanos rechazaron como un obstáculo político el trono divino.

«Celso y Porfirio, dice el abate Besson, atacan á la Iglesia en nombre de la filosofia y de la

(1) Lacordaire, *De la pasion de los hombres de Estado contra la doctrina católica.*



crítica; Tácito la condena en nombre de la historia á ser considerada como enemiga del género humano; Plinio toma contra ella, ora la espada para herir á los cristianos que se obstinan á perseverar en la fe, ora la pluma para pedir á Trajano, en una frase elegante, si ha obrado bien persiguiendo, si su conciencia puede estar tranquila á pesar de sus persecuciones. Mas al tratarse de batir á la Iglesia, Trajano es Neron. La literatura que ataca al Cristianismo no es otra cosa que la expresion de la sociedad que le condena.»

No hay en toda la historia del género humano redimido ni un siglo en el que no se haya instituido alguna escuela destinada á combatir los principios católicos, como tampoco ha habido siglo alguno en que no se haya erigido contra ella algun imperio.

Hay otra fuerza constantemente sublevada contra la Iglesia, y es una parte considerable de lo que se llama la opinion pública, es decir, la opinion de las muchedumbres, que solo han recibido del Catolicismo grandes bienes.

La Iglesia, que se ha dirigido al esclavo, no empuñando la espada como Espartaco, sino armada con el Evangelio y la cruz, y le ha dicho: «Obedece y espera;» que ha predicado al pueblo, que salia del circo embriagado de crueldad, la ley de caridad fraternal; que ha recomendado la pureza á séres degradados que, no satisfechos con ver la reproduccion de los vicios mas hediondos, han querido verlos en accion y sin velámenes; que se ha dirigido á los ricos, cuyas costumbres lúbricas, cuyos despilfarros sensualistas eran un insulto á la pobreza y un escándalo social, diciéndoles: *Es mas difícil conseguir que un rico entre en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja*; que sentándose en la cátedra de los filósofos, que se ocupaban en reunir en la escuela ecléctica de Alejandría todos los errores del antiguo mundo, esto es, las máximas del orgullo, del placer y del interés, les dice: «Descansad de vuestras fatigas, yo os presento un dogma constituido, y una moral que os exige que sacrifiquéis vuestra carne y adoreis á un judío crucificado;» que ha penetrado en los palacios de los césares, y les intimó la necesidad de abatir los altares de la supersticion, y de terminar las ilusiones de la idolatría; la Iglesia, que ha nivelado ante Dios la dignidad del esclavo á la del soberano, la del pobre á la del opulento, la del trabajador iliterato á la del sábio y del académico; que ha cimentado la idea de la paternidad divina como á la garantizadora égida de la fraternidad humana; que reconstituyó la familia é hizo posible la constitucion del pueblo, ¿cómo se concibe que el pueblo, la familia, los pobres, los esclavos tan directa, tan extraordinariamente por ella favorecidos no hayan exclamado: *Tú serás nuestra madre*.

Y, sin embargo, no fue este el grito de las turbas á su aparicion; no ha sido esta la exclamacion de los pueblos en el decurso de su historia.

Los esclavos, el pueblo, á una voz con los opulentos, los filósofos y los soberanos, la fuerza, el talento, la opinion se han coaligado y han exclamado: «Apártate, no queremos tu despótica tiranía.»

«Lo que mas me sorprende, exclamaba el ilustre académico que hemos citado antes, lo que no sé explicarme es cómo lo que yo llamo la razon popular se sublevó tambien contra nosotros. Porque, en fin, que Dios humille á un príncipe, que le retire su luz para castigar su orgullo, es muy concebible; tambien se explica que Dios humille á un talento ingrato, empero que se haya podido engañar á este pobre pueblo y desnaturalizar sus instintos; que se le haya podido persuadir que la Iglesia, que vino á alargarle una mano protectora y á destruir la esclavitud, quisiera esclavizarle; que se le haya hecho creer lo que no se pudo dar á entender á los paganos, á los mahometanos, á los protestantes ni á los salvajes; que se le haya persuadido á lanzarse sobre los altares de JESUCRISTO, y destruirlos; que haya hollado los santos patronos, cuyos nombres habia recibido en el bautismo; que haya profanado hasta los tabernáculos en donde reposaba sin defensa el que el dia anterior era objeto de sus adoraciones; hé aquí lo que es inexplicable, y lo que se ha visto en la Iglesia católica, sin que se haya visto en ninguna otra parte.»



Y, sin embargo, este enigma social ha de tener una explicacion.

La naturaleza corrompida contrajo hábitos de profunda inmoralidad. Las pasiones tenian su imperio erigido en el corazon del hombre, cualquier que fuese su estado, su categoría, su situacion social. El esclavo abyecto gozaba en medio de sus cadenas de la libertad sensualista, y tenia además la libertad del odio contra sus opresores; el pobre tenia acordada la libertad de la venganza, del deseo á lo menos de despojar al opulento y al capitalista; el hombre inferior tenia la libertad de abrigar el espíritu de rebeldía contra los superiores. La obediencia y la sujecion eran dos hechos, empero la inmoralidad pagana sancionaba el derecho de la insurreccion y del desacato interiores.

El Cristianismo empezó eliminando el derecho de las insurrecciones, de las rebeldías y de las venganzas intencionales; el Cristianismo dijo al esclavo: «Ama al que te encadena;» bien que al mismo tiempo dijo á los señores: «Quebrad las cadenas de los esclavos;» dijo á los pobres: «Respetad el patrimonio de los ricos,» bien que á los ricos les dijo: «Compartid vuestros bienes con los pobres.»

Este respeto al bien ajeno, este amor á la mano opresora, esta pureza de costumbres á todos predicada, exacerbó á las muchedumbres, que prefirieron conservar el derecho del odio, el derecho de la venganza, el derecho de la rebeldía, á obtener la dignidad moral y las esperanzas á la misma inherentes que el Catolicismo les ofrecia.

Este grito, pues, «No queremos la tiranía católica,» injusto y repugnante como es, tenia en cierta manera una razon de ser. El Catolicismo venia á oprimir realmente, pero á oprimir, no los hombres, sino las pasiones de los hombres, y como los hombres se habian encarnado en sus pasiones, de ahí que la severidad ejercida por la moral católica contra sus pasiones los hombres la interpretaran como á una severidad contra ellos ejercida.

Si junto á la predicacion de la dignidad del esclavo y de la caridad para el pobre el Catolicismo hubiese proclamado la libertad de los vicios, el pueblo unánimemente hubiera aclamado por madre á la Iglesia.

Pero como los tronos humanos rechazaron el veto del trono divino, y las cátedras filosóficas no quisieron admitir el criterio de la cátedra divina, de la misma manera la moral popular se insurreccionó contra las prescripciones de la moral divina, y el pueblo se alió con los filósofos y con los soberanos para perseguir al Catolicismo.

Hé ahí consignado el *por qué* de las persecuciones sufridas por la Iglesia de JESUCRISTO.

La prolongada historia de las persecuciones tuvo su resumen anticipado, segun hemos dicho, en JESUCRISTO. Cuatro jueces perpétuamente llaman á la Iglesia á su tribunal. La impiedad, la corrupcion, el odio y la política. Caifás, Herodes, los judíos obcecados, Pilatos no vivieron solo en el siglo I para condenar al gran Justo; aquellas cuatro personalidades fueron á la vez cuatro personificaciones que se reproducen y perpetuan para acusar y condenar á la Iglesia de la justicia.

La impiedad interroga constantemente á la Iglesia como Caifás interrogó á JESÚS; ¿cuál es tu doctrina, de donde la has tomado? le pregunta. La Iglesia, como el Hijo de Dios, contesta confirmando su origen, sus poderes inmortales, su universal jurisdiccion; ella añade que su enseñanza es pública, que públicas son sus cátedras erigidas en los templos, que nada enseña en secreto. Se evocan testimonios apasionados, se piensa, se medita si entre sus principios se encuentra alguno contra la dignidad del hombre, contra los derechos de la naturaleza, contra las prescripciones de la justicia, contra la vida de la humanidad ¡en vano! las teorías cristianas nada afectan á la grandeza del hombre y al bienestar social.

No encontrando nada que oponer á sus principios trata de inquirir su origen; ¿te resignas, se le pregunta, á contarte como una institucion humana, ó aspiras á que se te reconozca un origen divino? ¿Eres una obra divina? A esta pregunta la Iglesia contesta hoy lo que contestó ayer, delante del progreso como delante de la herejía, delante de la herejía como en presencia de los tiranos; *sí, lo soy*. Al oír esta respuesta, que es la misma que dió JESÚS, la impiedad



rasga sus vestiduras; ¡qué escandalo! exclama. La razon se indigna, y afectando un dolor hipócrita exclama: «El milagro es una imposibilidad, lo sobrenatural una ilusion,» y los jueces de la prensa, los príncipes de la opinion, los aduladores de las humanas potencias repiten: *¿A qué buscar testimonios? Habéis oido la blasfemia, la Iglesia merece la muerte.*

La afirmacion de su divinidad promueve contra la Iglesia cada dia nuevas tempestades. «Hoy, dice un escritor notable, el tumulto contra ella se estiende por todo el universo, por todas partes se instruye el proceso, agitanse los escribas en todos los pueblos, y la Iglesia abandonada, cubierta con las tinieblas densificadas por el espíritu del mal, se asemeja mas que nunca á JESÚS, el acusado divino hecho en el pretorio juguete de desenfrenados cortesanos. Hoy se la escupe á la cara, se la injuria, se la vela el rostro declarándola partidaria de la oscuridad y de la ignorancia. Se la abofetea por unos que ocultan su faz y su nombre, publicando folletos anónimos y diciéndola: *Profetiza quien es el que te hiere*; otros, mas cobardes todavía, la atacan en lugares donde no hay quien pueda defenderla. El cuadro de las sátiras é insultos dirigidos hoy contra la Iglesia es á propósito para dar idea exacta de lo que el Maestro divino sufrió ante el tribunal de Caifás.

Si el espíritu de Caifás se perpetua en la historia contra la Iglesia, no vive y se agita menos el espíritu de Herodes.

El gobernador de Galilea interrogó á JESÚS con impaciente avidez; cediendo á una curiosidad mujeril, le pidió un milagro, como se pide un juego de manos á un magistral prestidigitador. JESUCRISTO calló, y nada obró en presencia de quien le trataba, á ÉL, verbo de la eternidad, y resplandor de la gloria del Padre, como objeto de diversion. Herodes lo despreció entonces, vistióle túnica de irrisión, y tratándole como á loco le devolvió á Pilatos.

Pues bien; hoy tambien se piden á la Iglesia hechos sobrenaturales en confirmacion de su carácter divino, y viendo que Dios sufre con paciencia los ultrajes de que es blanco su hija predilecta, se rien de ella, la satirizan, la visten con la ropa de los locos. ¿No hemos visto en medio de una plaza pública á un rabioso ateo, desafiando á Dios, diciendo: «yo te desprecio, yo te insulto, yo te niego si á los cinco minutos, que yo contaré en mi reloj, no me envias un rayo, ó no me quitas la vida,» y no hemos oido, que á los cinco minutos de espera el furioso impío ha dicho: «ya lo veis, vuestro Dios omnipotente no tiene poder bastante para matarme; si le adorais sois unos imbéciles, sois monomaníacos,» no hemos visto y oido esto? ¿No es esto la encarnacion del espíritu de Herodes? Los gabinetes actuales de la Europa ¿no califican de locura las esperanzas de la Iglesia, las glorias de la Iglesia y las definiciones de la Iglesia? ¿No ha dicho Bismarck: «el dogma de la infabilidad es una locura teológica y un despropósito social?»

Proudhon negando la divinidad de la Iglesia, es Caifás negando la divinidad de JESÚS; Voltaire riéndose del carácter sobrenatural del Catolicismo, es Herodes vistiendo traje de demente al divino Maestro.

Á la impiedad y á la corrupcion se agrega el tribunal del odio.

Los judíos, que iban á ser redimidos, se manifestaron pertinaces en negar al Redentor sus mas excelsas cualidades.

El verdadero Dios, á pesar de su dulzura, de su caridad, de sus beneficios, fue blanco de los insultos y de la animadversion popular; la verdadera Iglesia ve aparecer en su presencia las mismas turbas, oye los mismos clamores, recibe las mismas injurias.

*Tú engañas á los hombres*, se le grita, cuando predica doctrinas de celestial esperanza; *tú sublevas los espíritus*, se exclama, cuando ella reprende las corrupciones que envilecen y degradan al corazon; *tú perturbas las naciones*, se le dice, cuando recuerda á los gobiernos la necesidad de ser justos, y á los pueblos la necesidad de ser sufridos. Y para inclinar el ánimo de los gobiernos vacilantes: *hé ahí*, dicen las muchedumbres incrédulas, *hé ahí que esta predica que no se debe pagar tributo al César.*

Los jurados enemigos de todo gobierno se convierten, al tratarse de perseguir á la Iglesia,



en celadores de la soberanía humana, y la acusan de reo contra el Estado los que no se cansan de sembrar ideas y sentimientos contrarios á toda autoridad.

Las turbas judáicas reaparecen siempre, y nunca falta un Pilatos que ante ellas realice en hipócritas formas el crimen político para satisfacer las injustas pretensiones de lo que se llama la razon popular.

Cuando la Iglesia declarada inocente por sus obras y sus enseñanzas, es de nuevo acusada ante los poderes, estos, sorprendidos de tanta insistencia, resuelven hacer algo contra ella: *Yo la haré azotar*, dice á la opinion la política pilatónica.

Y decreta el despojo de sus bienes y la presenta de nuevo á las turbas: ahí la teneis, exclama, *ya está desnuda, dejadla libre*. «No, exclaman las turbas de sus enemigos, ni desnuda la queremos libre, ni nos basta que la veamos azotada y atada, aunque desnuda, queremos que la quites de en medio.»

Entonces Pilatos, es decir, los políticos de su escuela, reconociendo tácitamente la criminalidad de la Iglesia proponen á los pueblos enfurecidos una gracia; «amnistiémosla, dicen, acordémosla lo que mil veces hemos acordado á Barrabás;» como si dijera: «¿no toleramos la iglesia de Mahoma, la iglesia protestante, la secta francmasónica, las sectas antihumanitarias, todas las sectas, que pretenden boleta de legitimidad, aunque su fin y su historia no sean muy puros? pues, tolerémosla como otra cualquiera á la Iglesia de JESUCRISTO, haciendo constar que si vive, vive por la misma gracia que viven los Barrabás.»

Peró, ¡ah! Barrabás nunca fue impopular; «las turbas, dice Orígenes, dieron testimonio de que Barrabás era su legítimo representante.» No hay transaccion posible.

Á medida que el poder propone transacciones, los impíos multiplican sus exigencias: «libertad todo, exclaman, todo; el mahometismo, el socialismo, la tiranía terrenal, el despotismo pagano, lo que mas perjudicó á los pueblos en las edades gentiles, á todo, menos á la Iglesia católica.»

Le damos aquí la palabra al abate Besson: «Cuanto mas los impíos vociferan, mas la política tiembla. Así, no bastando que la Iglesia sufra el suplicio injusto, pero regular de un despojo legal, de un azotamiento oficial, llegan días y casos en que el poder cierra los ojos y permite que las masas consuman hechos que él no juzga prudente perpetrar. Los gobiernos abandonan á la Iglesia entre una muchedumbre de impíos, y hacen como que no ven. Aquellos harapos, color de escarlata, que fueron echados á las espaldas de JESÚS, aquella corona de espinas que fue hundida en sus sienes venerables, aquella caña arañososa que se le hizo empuñar á guisa de cetro, con sus manos atadas, aquellos salibazos y bofetones, aquella sed de hundir en el oprobio al Hijo de Dios, todo es reciente, cotidiano, actual, visible hoy mismo. Los ultrajes que la Iglesia recibe son escitados por los escribas, y tolerados por los poderes en París como en Pekin, en Lóndres como en Constantinopla, en Viena como en Estocolmo, en Milan como en Turin. Cada siglo tiene sus páginas manchadas con el lodo de la calle y con la sangre de la Iglesia. Á ninguna época faltan en su historia nombres odiosos, datos fatales, ejemplos y escenas cuya lectura horroriza.

«Cuando los gobiernos han tolerado semejantes excesos y atropellos, cuando se han realizado, gracias á su tolerancia, las grandes revoluciones y los destructores motines, cuando es un hecho consumado las expoliaciones legales, tan frecuentes en la historia, creen que se habrá ya desahogado la ira popular; presentando á la Iglesia reducida á la miseria y á la impotencia, dicen: *Hedla ahí*. Al verla la parte sensata de la opinion, las muchedumbres de los creyentes se indignan, mas los políticos les contestan al oido: *los tiempos son malos, ha sido preciso ceder algo al viento para evitar la tempestad; tranquilizaos, conozco vuestra inocencia, yo os salvaré á fuerza de concesiones*.

«Mas la impiedad y el odio siguen clamando: «¡muera!» «¿Muera?» responde sorprendida la política pilatónica, «¿muera? ¿y por qué? ¿á qué vienen vuestras alarmas? La Iglesia tiene atadas las manos, desvanecido su esplendor, terminado su imperio, lánguida su vida, ¡dejadla morir de extenuacion! ¡vedla! ¡*Ecce homo!*»



«El siglo no retrocede. Es preciso que muera, que se la crucifique, exclaman unidas y coaligadas todas las pasiones contempladas y todos los aviesos instintos complacidos.

«Entonces la política, con fingido enojo replica: *Yo no haré esto, yo no encuentro para ello causa, obrad vosotros como os pareciere.* Pilatos, y los políticos imbuidos del espíritu de Pilatos; siéntanse otra vez en el tribunal, lávanse las manos con solemnidad, y dicen: *Soy inocente de la sangre de este justo, derramadla vosotros si quèrèis.* ¡Vana ceremonia! ¡recurso vil! ¡irrisorias precauciones para evadir el juicio de la posteridad! el que entrega la sangre de la Iglesia es tan criminal como el que la reclama. Bajo Poncio Pilato el Cristo sufrió, la línea de Poncio Pilato perpetua la pasion de la Iglesia. Para continuar en la personalidad de la Iglesia los tormentos de Jesús, no seria bastante el concurso de la impiedad de Caifás, de la corrupcion de Herodes y el ciego odio del pueblo, es preciso que la audacia de tantos vicios sea alentada por la laxitud de un poder envilecido y medroso; es preciso un Pilatos que espere, vacile, dé atestados de inocencia, se incline, y de concesion en concesion acabe por condenar sin juicio al acusado divino, que no se atreve á defender por temor de perder el destino. Ved por qué nosotros decimos de la Iglesia, como del Hombre-Dios, con la inexorable fidelidad de la historia y del Evangelio: *passus est sub Pontio Pilato.*

«Fáltanos cási el aliento para comentar las últimas expresiones del odio popular: *que su sangre,* exclaman las turbas, *caiga sobre nosotros y nuestros hijos.* ¡Ay! sí, aquella sangre, en efecto, cayó sobre nuestras cabezas, nosotros la sentimos, sentimos toda la sangre inocente que fue pedida á la Iglesia, desde la de Abel á la del Mesías, desde la de los primeros mártires, que á grandes chorros fue vertida en los anfiteatros y en los circos al sediento grito de *los cristianos á los leones,* hasta la sangre de los héroes de nuestra edad derramada en las alturas de Castelfidardo, en medio de las risas de una prensa impía, que aplaudia aquella matanza feroz, y de la silenciosa aprobacion del mundo á los tigres que devoraban los corderos. Ved en Inglaterra la sangre de María Stuard y de Tomás Moro; en Francia la de Juana de Arc, de Luis XVI y de cien mil víctimas del terror; en Holanda, Suiza, Suecia y Alemania la sangre vertida por la reforma; por todas partes es reclamada la sangre de la Iglesia que se la encarcela en Italia, se la destierra en Polonia, se la oprime en Irlanda, se la amenaza en Bélgica, y por todas partes se la denuncia y se la empuja al cadalso: ¡muerte! ¡cruz! hé ahí el grito universal: *¡caiga sobre nosotros su sangre!*

«Y lo que sorprende mas, es que en los dias de tregua, cuando parece que el mundo se reconcentra, y la Iglesia puede respirar algo, nadie reclama contra la sangre vertida. Nada de arrepentimiento, nada de expiaciones, nada de justicia dispensada á las víctimas, nada de castigos impuestos á los verdugos. Resistense á inclinarse las frentes, los corazones repugnan la contricion, nadie tolera verse acusado, reprendido, condenado por la historia, y lo que horroriza mas todavía, es que los suplicios de nuestros sacerdotes, las mortandades consumadas en nuestros claustros y en nuestras iglesias profanadas han encontrado sus panegiristas.»

Tal es en resúmen la historia de la Iglesia. Como puede ya comprenderse, el horizonte que descubrimos desde el Calvario, y que abarca la interminable série de persecuciones sufridas por la obra divina es inmenso é interesante. Trascendentales son las enseñanzas que involucra la historia del constante martirio por la cristiandad arrostrado.

Todas las obras humanas se hunden desde el momento que les falta el apoyo de la fuerza ó el de las pasiones; por esto no hay imperio que haya podido sobrevivir á las oleadas del tiempo. Desde el momento que una institucion terrenal ha tenido que luchar con los intereses creados por sus émulos ó por sus adversarios, ha sentido debilitarse su vigor, temblar sus bases, desmoronarse sus estribos, y se ha hundido. La historia es un vasto campo de ruinas, ¿dónde están las grandezas simbolizadas en las colosales pirámides de Egipto? Las dinastías del esplendoroso Oriente ¿qué se han hecho? No hay sistema, no hay escuela, no hay ins-



titucion que no haya envejecido y perecido. Solo la Iglesia, que es, entre todas las instituciones, la mas combatida, no ha perecido ni se ha debilitado. Tanto mas vigorizada cuanto mas combatida, su perpetuidad es el testimonio mas elocuente de su inmortalidad.

No se limita la Iglesia á conservar el imperio sobre los lugares y los pueblos que han recibido una vez su fe; su tendencia es la propaganda, ó sea la conquista moral. Desde que JESUCRISTO dirigió á sus Apóstoles esta palabra: *id*, los emisarios de la Iglesia han ido marchando. La gentilidad les ha opuesto la barrera de sus preocupaciones, el salvajismo ha pretendido interceptarles el paso con sus barbaridades; empero los Apóstoles católicos han pasado. Los cadalsos levantados á su presencia para intimidarles no lograron hacer mella en sus ánimos varoniles, el espectáculo de luchas antropófagas que celebraban sus festines devorando la carne de sus compañeros de mision no les amedrentó. Obedeciendo á una consigna divina siguieron adelante.

Donde hay un punto de tierra conocida, allí han ido los enviados de JESÚS á llevar el conocimiento de la fe; al saludar Colon á la América, la América pudo saludar el astro del Catolicismo que brillaba en los labios de los sacerdotes exploradores; la Oceanía conoció al mismo tiempo al europeo y al predicador.

¡Qué hermosa historia la de las fatigas sufridas, y de los combates sostenidos por el misionero evangélico contra la ignorancia y la preocupacion inherentes á la barbarie salvaje! ¡qué interesante estudio el de aquellos hombres, que llevados de un amor misterioso, aportaron en lejanas é inhospitalarias playas, buscando una persecucion cierta y un probable martirio! Pues aquellas atrevidas, pintorescas, incidentales escursiones de los evangelizadores van á ser objeto de nuestra atencion en la presente obra.

La vieja Europa va olvidando ya el *genesis*, el origen de su civilizacion; la historia de los sudores y de las penas arrostradas por los que sembraron en ella la doctrina y la moral en que estriba su grandeza les parece mas bien leyenda que historia; conviene, pues, que digamos á los distraidos ú olvidadizos: «Ved, aquellas escenas que se os cuentan de los primitivos cristianos, y que por ser tan heroicas y extraordinarias apenas os resignais á creer, ó si creéis en su realidad sustancial opinais que han sido embellecidas por la accion del tiempo y de la poesia; aquellas escenas que para vosotros son semi-increibles, no solo fueron una realidad, sino que continuan siéndolo.» Ellas se reproducen en nuestra época, ellas son las escenas cotidianas que lega al mundo el espíritu apostólico. Hay todavía quienes se dedican á la sagrada industria de elaborar la civilizacion católica, y de trasformar en pueblos constituidos las hordas nómadas de determinados desiertos; todavía hay millares de apóstoles que derraman su sangre sabiendo que la sangre derramada por amor á la verdad es indefectiblemente semilla de cristianos.

Los civilizadores emprenden la colosal tarea de crear en las regiones que toman por objetivo de su conquista moral, nada menos que la razon y la fe. La razon porque está completamente apagada en la mente de los salvajes; la fe, porque aun no han recibido su primer anuncio las errantes tribus.

Aquellos enviados de Dios van en busca de una persecucion que saben será ignorada hasta de muchos que si la conocieran la admirarian; y, sin embargo, van á arrostrarla á pesar de que saben que ninguna gloria humana de ella les redundará.

«Que un hombre, dice Chateaubriand, á la vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se esponga á la muerte por su patria, nada tiene de extraño; trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria; ilustra su familia, la adquiere honores y riquezas, y hace brillar su porvenir. Pero un pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero que acaba sus dias con una muerte espantosa sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; oscuro, menospreciado, tratado de loco, de necio y de fanático, y todo esto para dar su felicidad eterna á un salvaje desconocido, ¿con qué nombre podrá distinguirse esta muerte y tan extraño sacrificio?»



No, no hay calificativo bastante honroso en el mas expresivo idioma del género humano al tratarse de tan heróica abnegacion.

Por ellos se realiza y confirma esta palabra proferida por Simeon, teniendo por primera vez á Jesús en sus brazos: *hé ahí que está este destinado para que, espuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles y la gloria de Israel.*

La luz aparece á los pueblos y á las tribus gentílicas é idolátricas, gracias á la decision admirable del misionero que, derramando la sangre ó rindiéndose de fatiga, considerado como á enemigo primero, se esfuerza para llegar á posesionarse del corazon de hiena, y á amansarlo hasta que, sumiso, recibe las palabras y el espíritu de la regeneracion.

Sabe que su patrimonio lo constituyen las enfermedades, la soledad, las privaciones de todo género, las ansiedades crueles, las burlas mortificantes, el peligro permanente, la multiforme persecucion; si se le arroja hoy, vuelve mañana; si se le desdeña, espera é insiste, y si se le martiriza, muere en la seguridad de que su sangre será el licor precioso que convertirá á sus verdugos.

Hablando el mismo Chateaubriand del deseo inmenso que, despues de realizada la regeneracion de Europa, se apoderó de los predicadores de la fe de ir á derramar la sangre para la salvacion de pobres extranjeros, escribe en el *Genio del Cristianismo*: «Los antiguos filósofos jamás abandonaron los jardines de la Academia, ni las delicias de Atenas para dirigirse, movidos de un impulso sublime, á humanizar los salvajes, á instruir al ignorante, á curar á los enfermos, á vestir al pobre, y á sembrar la concordia y el pan entre pueblos enemigos; solo los religiosos cristianos han hecho esto y lo repiten todos los dias. Los mares, las borrascas, los hielos del polo, el fuego del trópico, nada les detiene. Viven con el esquimal en su cueva hecha con pieles de vaca marina; se nutren como el groenlandés con aceite de ballena; recorren la soledad con el iroqués ó el tártaro; cabalgan en el dromedario del árabe ó siguen al cafre errante en sus abrasados desiertos; el chino, el japonés y el indio han llegado á ser neófitos suyos; no hay escollo en el Océano que haya podido escaparse á su celo, y falta tierra para su caridad, como antes faltaban reinos para las ambiciones de Alejandro.

«Los que no creen en la religion de sus padres, confesarán á lo menos que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvacion «fuera de la cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios puede hacer la humanidad.»

La Iglesia agradece á aquellos evangélicos héroes la demostracion elocuente que están dando de que no puede ser como algunos sofistas pretenden, *religion envejecida*, la que para alimentar su vida y multiplicar sus frutos, cuenta por sávia la sangre de millares de jóvenes distinguidos, que sacrifican la gloria del porvenir á la gloria del apostolado; y tambien la sangre de muchos ancianos que encuentran en la inextinguible fuerza del celo, el secreto de re-  
mozarse para subir sin jadear las gradas penosas del cadalso.

Dignas son, pues, de nuestras miradas atentas y respetuosas las persecuciones, sufridas por aquella porcion escogida de apóstoles, en lugares ignorados y despreciados por la sociedad civilizada. Campo vastísimo es el que se abre ante nosotros, partiendo de esta investigacion. La China, la Corea, el Tonkin, las extremidades de la India, una gran parte de la América, cási toda la Oceanía, son otros tantos teatros en los que se realizan sucesivas escenas, animadas por el heroismo de los predicadores de la fe y primeros maestros de la civilizacion. Lágrimas y sangre derraman allí nuestros hermanos; ¿por qué no escribir la historia detenida de sus penalidades? ¿Por qué no consagrar á la memoria de los mártires recientes el tributo de admiracion que nos merecen y que prestamos á los mártires primitivos?

Jubiloso nos será saludar á aquella multitud de iglesias, engendradas por el espíritu del sacrificio católico, en las regiones de las tinieblas, de la ignorancia y de la muerte: de aquellos eriales de la inteligencia se levantan como risueña aurora las primicias de cien pequeñas cristianidades, que serán pronto otros tantos focos de vida, de luz y de calor cristiano. ¿De quién será



hija la civilizacion que allí se constituirá en un dia no lejano? de los perseguidos de hoy, de los mártires contemporáneos.

Saludemos, pues, el gérmen de aquellas iglesias y la adhesion católica de los que las fundan; saludemos á los que se resignan á sufrir hambre material para que las obcecadas muchedumbres, que todavía hoy se arrastran por las gradas de los idolátricos altares, tengan mañana el pan de la verdad; á los que hoy se resignan á fatigarse y á sudar para que puedan mañana tener eterno descanso tantos séres, que ellos, sus salvadores, no conocen siquiera; á los que hoy se deciden á ser perseguidos por los mismos á los que van á proteger y á amparar; á los que hoy dan la vida para derramar vida y sufren, como el Redentor, la muerte para redimir de la muerte á muchos hermanos.

De modo que esta obra que emprendemos va á abarcar dos grandes hemisferios, el del mundo civilizado y el del mundo por civilizar; en ambos mundos encontraremos á la Iglesia siendo blanco de sangrientos combates; en el seno de la civilizacion veremos los imperios y las repúblicas resistiéndose á aceptar la moral cristiana; en el seno de la barbarie veremos á las hordas desbandadas resistiéndose al llamamiento civilizador de los emisarios de la fe. En los grandes palacios de Europa veremos fraguarse diplomáticas intrigas contra la obra de JESUCRISTO; en las grandes asambleas de América veremos á la Iglesia cristiana sentada en la banqueta de los acusados; en los desiertos oiremos los rugidos del bestial salvaje, repitiendo como un eco, contra el predicador de la verdad, las protestas de los herejes civilizados; y agrupando en un mismo cuadro al demagogo europeo, que asesina con un puñal al religioso indefenso, y al salvaje asiático, que cuelga de un árbol al misionero pacífico, exclamaremos: ¡ay! ¡terrible es la conjuracion de todas las razas humanas contra el Señor y contra su CRISTO!!!

Sin embargo, la conjuracion universal no le espanta; «depositario de la verdad, el Cristianismo, dice Mr. Vallée, desde su origen ha dado prueba de ser una religion esencialmente apostólica; y la historia nos manifiesta que, en efecto, no ha cesado desde la dispersion de los primeros discípulos del Salvador de obedecer á esta necesidad de su naturaleza. El relato de sus vicisitudes al través de los tiempos no es en el fondo otra cosa que el cuadro de las regiones que ha conquistado, que ha perdido y vuelto á conquistar. No existe lugar conocido en que no haya puesto su pié y plantado su bandera; en cambio no ha cedido un solo palmo de terreno del que una vez se ha posesionado. No importa que se le proscriba, que se levanten contra él cárceles y cadalsos. El Pontífice supremo no borra jamás de su mapa país alguno, por causa de persecucion; y si acontece algun dia que falten mártires á los verdugos se apresurará á enviar allí nuevos apóstoles para que aparezcan nuevos mártires.»

De lo espuesto rápidamente se deduce que la persecucion al Cristianismo es perpétua y universal «El pecado original, ha dicho un erudito contemporáneo, habla por boca de cuantos protestan de palabra ó de obra contra el *Verbo* encarnado, como el espíritu maligno protestó por boca de la serpiente contra las obras y la ley del *Verbo* criador.» Desde el paraíso hasta nosotros no ha cesado de oirse el fragor de los combates suscitados, á la sombra de banderas diversas, contra la divina enseña del Evangelio esperado y del Evangelio obtenido. La caida de los heresiarcas y el tristísimo destino de Lucifer, su príncipe, no son bastantes á sembrar la desconfianza en el ánimo de los que juraron demoler la roca fundamental del arca salvadora. Las ruinas de la primera Babel no aleccionan á los que se proponen edificar una obra humana contra la obra de Dios. Los escombros de aquel edificio típico del orgullo, que debian ser monumento imperecedero de la incapacidad de la criatura, son afanosamente buscados para formar los cimientos de nuevas edificaciones contra el cielo emprendidas.

Nunca ha faltado á la soberbia de la razon ó de la concupiscencia muchedumbre de babilonios, empleando, á favor de su ignorancia, las fuerzas materiales para erigir lo proyectado por la ciencia de los rebeldes arquitectos contra la accion de la sábia é irresistible Providencia. Los ignorantes y los *sábios* aliados y confundidos en Babel, se han aliado en cada



siglo para ser de nuevo confundidos y dispersados. ¡ Cuántos sudores, derramados sobre la tierra por los pueblos iliteratos, creyendo sembrarla de gérmenes de fecunda vida, mientras la impregnaban del agudo veneno de la esterilidad! ¡ cuántos raciocinios estudiosamente formulados para establecer una escuela que hendiera las nubes desde las cuales el Eterno dejó oír sobre su *Verbo* y *Cristo* esta palabra: *Este es mi Hijo en quien sumamente me he complacido, oídle!* sin que la cumbre de la pretenciosa filosofía haya podido llegar á mas altura que la exigida por el cumplimiento de esta profecía: *Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos como escalab de tus piés.*

Proyéctanse, empréndense sistemas y escuelas contra la verdad cristiana, mas antes de llegar á la elevacion trazada, húndense miserablemente, y los nuevos errores y desvarios acrecientan la montaña de desengaños sufridos por el malicioso genio de las edades. El escalab del Verbo se encumbra en razon directa que se multiplican las ruinas de los edificadores contra su palabra infalible; el trono de Dios se eleva á la mirada finita de los mortales, á medida que se hincha la ola de las pasiones tempestuosas. Dios hizo al Cristianismo á semejanza de nave, dispuesta de manera que las tempestades la elevaran sin desmontarla. Dió de ello evidente demostracion en la tempestad de las tempestades, que quiso sufriera en el Calvario, donde las aguas alborotadas de todas la pasiones, y los vientos endiosados de todas las fuerzas se dieron cita, y donde el *Verbo encarnado*, solo y clavado de piés y manos, quiso esperarlos para vencerlos. Allí el hombre enemigo agotó sus recursos pasados y futuros: la hipocresía, la calumnia, el vilipendio, la muerte, se combinaron con diabólica astucia para sumergir á la Iglesia viva en su cuna imperecedera. Empero CRISTO clavado dispersó las tempestades libres; CRISTO solo, abandonado hasta de los suyos, venció el combate universal.

Los oleajes siguientes á la borrasca deicida jamás llegaron ni siquiera á la altura del Gólgota; el hombre enemigo hizo cuanto pudo crucificando y sepultando el que es la verdad encarnada. En el dia de la gran Pascua, segun el humano criterio, el naturalismo, el racionalismo, el fanatismo, el variforme error triunfaron de JESÚS. CRISTO, adorado por los pastores y reyes, fue sepultado por los césares y las turbas. El sol que orientó un dia en Belen se puso en Jerusalem. El Niño inmortal del pesebre apareció hombre mortal en la cruz.

Mas el desencanto no se hizo esperar. La víctima sacrificada resucita; el CRISTO se levanta del fondo del sepulcro inundado de su propia gloria, y afirma con el acento de su admirable soberanía la doctrina que predicó antes de su inmolation.

Dos cosas hubo ya en la historia que no serán reproducidas en toda la estension de los siglos. El diluvio universal y la sepultura del Dios-hombre.

La Iglesia de CRISTO no sufrirá jamás tres dias de sepultura, porque su autor divino quiso aventajarla en sus contrariedades y en sus persecuciones. Los vientos adversos nunca llegarán á obtener la violencia incomparable del huracan del Calvario, porque sobre ellos se oyó esta frase que certifica su perpétua inferioridad: *Yo he vencido al mundo.*

El mundo está vencido.

Las persecuciones que suscitó contra el vencedor demuestran con nuevas formas su indisputable impotencia.

Las pasiones, que al nacer la Iglesia tenian altares erigidos en los países dominados por la gentilidad, se sublevaron contra las virtudes del apostolado; empero la cruz salió triunfante sobre todas ellas. La Iglesia triunfó sin morir.

Despues, la fuerza, los poderes mismos organizados por el espíritu evangélico, desencadenaron contra el Cristianismo sus elementos poderosos. En vano: Heraclio vió estrellada su ambicion contra la fortaleza y la justicia de Gregorio VIII, como Neron vió disiparse la pujanza de las pasiones endiosadas á la sombra de Pedro, crucificado como el Maestro divino.

Mas tarde, hoy, la palabra, elemento predominante en la sociedad civilizada, suscita tormentas pavorosas contra la escuela, donde ha aprendido su elocuencia y su vigor. La razon, forcejando para emanciparse, resiste á pronunciar el *credo*, base de toda sólida enseñanza. La



tribuna, el libro, la cátedra se erigen en tribunales contra el Evangelio de la Iglesia. Las inteligencias independientes formulan religiones individuales que combinan á capricho cultos, dogmas y leyes insostenibles y contradictorios. Las falsas teorías se traducen en luchas enérgicas; mas la tempestad doctrinal no llega al Cenáculo apostólico. Los artículos de la fe permanecen firmes. La doctrina del Crucificado es la única que hoy arrostra las consecuencias de sus bien fundados principios, frente á esas otras escuelas constituidas para combatirla, y cuyos fundadores retroceden llenos de espanto al oír las lógicas deducciones de sus fundamentos doctrinales. Los *verbos* de la filosofía anticristiana no aciertan á crear nada, á iluminar nada, á vivificar nada. Confunden, anublan lo que el Verbo divino distinguió y aclaró. Así se explica como despues de tantos sofismas astutos, de tantos falsos argumentos, los pensadores sérios vuelven las miradas al libro criticado, á la Iglesia calumniada, y regresan á ella y aprenden en él, aspirando á aumentar el número de sus discípulos y á predicar al frente de la congregacion de los disidentes la divinidad del Cristianismo al que unos desdeñaron y otros blasfemaron.

La palabra racionalista, alma de las persecuciones contemporáneas contra la Iglesia católica suscitadas, empieza á reconocer la eficacia de su empresa. Ignora cuál es el camino de la victoria, porque ha falseado el punto de partida y no ha acertado á encontrar su propio camino. Ignora dónde está la puerta de la escuela de la verdad, porque no tiene á CRISTO, que es la *puerta*; ignora el único camino viable, porque se aleja de CRISTO, que se llamó á sí propio *el sendero*.

La inutilidad de tantos esfuerzos no supone insignificancia en los combates.

La historia de las persecuciones es el desarrollo, en vasto lienzo, de las vicisitudes y episodios de la guerra del hombre individual y colectivo endiosado contra la Divinidad. Dios ha permitido que sus émulos se agigantaran para mejor confundir la locura del orgullo. La lucha, pues, de los gigantes de la tierra contra el Dios del cielo ha presentado momentos solemnes, excepcionales que merecieron concentrar la atencion y el interés del universo y de los tiempos, entre los que no son los menos imponentes aquellos en los que parece que Dios se retira, como para dar lugar á que, oyendo el mundo toda la insensatez de la alegría de sus enemigos en su presente victoria, aprenda en sus himnos, de siniestra profecía, cuáles fueran para el género humano los frutos de la derrota cristiana.

Empero si aquellas escenas inundan de terror el impávido espíritu, no le llenan de menor consuelo aquellas otras en que se ve la mano del Eterno rasgar, sin esfuerzo, las nubes durante siglos amontonadas por el vapor de inmundos corazones; y se oye, dominando el clamoreo de los perseguidores, esta cariñosa reconvencion del Verbo á sus elegidos: *Hombres de poca fe, ¿por qué habeis vacilado?... ¿Ignorábais que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos?*

Provechosa ha de ser la reseña de los grandes combates cristianos, pues la gloria de los triunfos es luz que difunde en las almas la certeza en la verdad, por sobrenaturales caminos entronizada. Cesa la desconfianza al contemplar cómo persiste al través de las ruinas de los imperios y de las repúblicas, el edificio fundado por JESUCRISTO; y viendo hechas jirones las banderas de todas las herejías y de todos los poderes rebelados contra la Iglesia, sale espontáneamente del corazon el *Creo en una santa, católica y apostólica Iglesia*.

### III.

#### Division de la historia de las persecuciones.

Para metodizar nuestro trabajo consideraremos dividida la persecucion al Cristianismo en seis fases ó períodos.



La surgida en los tiempos apostólicos, ó sea, las colosales luchas, sostenidas por los doce Apóstoles y discípulos en el siglo I.

La sostenida desde el martirio del evangelista san Juan hasta la aparicion de Constantino, abarcando la época admirable de la Iglesia, viviendo en las Catacumbas y preparando en la oscuridad de su vida y con el sacrificio de sus miembros la iluminacion y la civilizacion de una nueva sociedad.

La sufrida en los siglos en que la Iglesia se ocupó predilectamente en echar las bases y organizar los elementos de la civilizacion cristiana y por consiguiente, en anonadar los restos de las doctrinas y leyes idolátricas.

La surgida por la incontinencia de las pasiones de los siglos medios, en los que la Iglesia hizo vislumbrar á la sociedad las delicias y la paz vinculadas en su fe y en su moral sólidamente practicadas.

La desencadenada en los tres siglos últimos por el protestantismo religioso, político y social, que vino á interceptar la marcha progresiva de la sociedad católica y á retardar la realizacion del bello ideal, hecho concebir y empezado á realizar por la Iglesia.

La de la revolucion *alemana-francesa*, hija del protestantismo y madre de las agitaciones, que producen el desasosiego de la sociedad contemporánea, inutilizando los recursos de vida, de ciencia y de prosperidad amontonados por los siglos anteriores.

El programa, la síntesis anticipada de estas seis evoluciones del anticristianismo, cuyo desarrollo es el objetivo de la presente obra, es el conjunto de persecuciones sufridas por JESUCRISTO, que quiso beber por sí mismo, en un solo instante, toda la hiel que su hija la Iglesia habia de beber en un número de siglos, aun desconocido. El cáliz que el ángel del Padre ofreció á JESÚS en el huerto de Getsemaní, contenia toda la dosis de amargura, que gota á gota va libando la Iglesia; contar los sorbos hasta hoy por ella de aquella copa bebidos, medir su intensidad y su repugnancia, equivale á trazar la historia que empezamos, con tanta fe en la bondad de la idea que la inspira, como desconfianza en nuestras fuerzas personales.

---

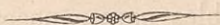


# HISTORIA

DE LAS

## PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL.



### Jesucristo perseguido.

#### I.

EL verbo de Dios se encarnó para salvar al género humano, devolviendo á la humanidad aquella vida y aquella fortaleza que perdiera en el paraíso á consecuencia de la conculcacion orgullosa de la ley de la justicia. El pecado debilitó al hombre y le hizo incapaz de resistir, sin especiales auxilios, á las impetuosas corrientes de las pasiones. La historia antigua no es sino un encadenamiento lamentable de debilidades y caidas. Al través de las ruinas de los imperios y de las repúblicas, que formaron sucesivamente la situacion del mundo gentil, no se ve la grandeza de la figura humana. El poder y la dignidad del hombre aparecen sepultados en los inmensos escombros de sus obras gigantescas, y si de trecho en trecho de los antiguos tiempos se ve un rayo de gloria ó de ciencia reflejar sobre alguna frente privilegiada, no es sino para que no perdieran las generaciones un punto de comparacion entre los destinos envidiables de la humanidad fiel y pura y los tristes destinos de la humanidad prevaricada.

Por lo mismo que el hombre rechazó la union de Dios para hacer alarde de una fuerza de que carecia en realidad, Dios ha hecho resaltar en todos los infortunios sociales la debilidad del hombre emancipado.

Sócrates, teniendo valor suficiente de apurar la mortifera cicuta en aras de una creencia levantada, se presentó como un fenómeno de grandeza, fuerza y dignidad á las generaciones antiguas. ¡Tanto se habia rebajado el nivel y menguado el temple del alma humana!

JESUCRISTO vino para reconstruir lo que Adan derribó.

Y en esta tarea, que solo podia emprender con éxito el que se sintiera lleno de la Omnipotencia divina, lo primero que incumbia restaurar era la fuerza del alma, la consistencia de la dignidad, la virtud, esto es, la fortaleza del espiritu.

El hombre cayó, luego fue débil; para levantarse necesitaba una mano fuerte; y para



sostenerse levantado le fue, y le es indispensable un apoyo, que le sostenga contra el ímpetu de los elementos adversarios de su dignidad, de su nobleza, de su justicia.

Tal fue la mision de JESUCRISTO.

Levantar al hombre y darle fuerza para sostenerse levantado, hé ahí la admirable mision del Cristianismo.

Ante todo el hombre necesitaba un ejemplar, un tipo de virtud, un alma que ostentara á la faz del mundo de qué manera debia resistir y hasta qué grado podia vencer; necesitaba quien le enseñara el modo de combatir y de triunfar; desde la caida de Adan, quien fue la primera de las grandezas humanas, todas las grandezas históricas recibieron mas ó menos funestas caidas; cayeron los hijos porque habia caido el padre; el padre se habia rendido á la primera seduccion, y los hijos aceptaron como ley ineludible la rendicion del espíritu ante las débiles tentaciones y las imponentes dificultades.

JESUCRISTO dijo al mundo «basta de caidas, basta de rendiciones.»

¿Es que vino á acabar con todos los combates? No. No dijo el Regenerador de la humanidad: «basta de luchar;» al contrario, vino á generalizar la lucha, á revestir al hombre débil de las condiciones de valor indispensables para conseguir el triunfo de su dignidad elevada y sostenida por la verdad y por el espíritu de vida y de regeneracion.

Para que á todos fuera manifiesta la fortaleza y la inflexibilidad del hombre típico, JESUCRISTO permitió que las luchas de todos los siglos y las oposiciones de todas las edades se concertaran y aunaran contra su divina persona, haciéndose blanco principal de todas las persecuciones humanas é infernales.

JESUCRISTO PERSEGUIDO vino á ser el compendio anticipado de la historia de la humanidad regenerada por su fe y sometida á la fe. La historia cristiana se halla condensada en su vida, que misteriosa como es, no obstante es la vida típica de la Iglesia.

No podríamos comprender el carácter y el objeto de las persecuciones de las generaciones creyentes, sin echar antes una mirada atenta á la historia de JESUCRISTO PERSEGUIDO.

Esta mirada nos dará á la vez enseñanza y aliento; será para nosotros una leccion y una esperanza.

¡Ojalá que el espíritu de la celestial inspiracion dirija nuestra pluma, para que podamos trazar con acierto los rasgos característicos del cuadro que nos proponemos: contemplando un momento los hechos de la vida de JESUCRISTO referentes á las contrariedades que hubo de vencer y los brillantes triunfos obtenidos por su espíritu y por su doctrina, sabremos, primero, que no es posible concebir una oposicion mas estensa, mas compacta, mas universal, que la que libró fiera batalla á JESUCRISTO; segundo, que vencida por JESUCRISTO la oposicion mas cruel y estensa, aquella que contenia en principio y en resúmen todas las oposiciones, la victoria no es ni siquiera cuestionable en ninguna de las situaciones difíciles y espinosas en las que es dable encontrarse el Cristianismo.

## II.

Los caracteres que los profetas atribuyeron al Mesías escitaron la oposicion de los poderes sociales contra su persona y su imperio.

Se ha escrito recientemente una obra, coronada luego por los elogios y recomendaciones del episcopado francés, cuyo objeto es demostrar que las naciones todas recibieron de la Providencia una mision relacionada con la gloria de JESUCRISTO. El abate Le Roy presenta en ella la historia de los antiguos imperios como el desarrollo del eterno pensamiento de Dios sobre la humanidad, el cual habia formulado ya inmediatamente de haber pecado el hombre. Al salir del paraíso la familia humana empezó á preparar el terreno para la venida del Redentor prometido. El Egipto, la Fenicia, la Asiria, la Persia, la Grecia, Roma, y sobre todo,



la casi siempre agitada y combatida Judea, se movieron por sobrenatural impulso en direccion á JESUCRISTO, contribuyendo á la constitucion del mundo mas adaptable á recibir su inspiracion, su doctrina, su gracia, su reinado natural, «principio y fin de todas las cosas JESUCRISTO, que el Señor constituyó heredero del universo y para el que todo lo ha establecido, se presenta como el centro hácia el que todos los séres gravitan, como el fin señalado á la vida de todos los hombres así como á la existencia de todos los pueblos. JESUCRISTO, hé aquí el fin supremo señalado por Dios á la humanidad. Así antes como despues de la Redencion, Dios todo lo ha hecho para su CRISTO; la mision impuesta á los imperios tiene en este principio la llave de su explicacion.»

«La historia, diremos con Dom Guéranger, es un vasto drama, cuyo héroe es JESUCRISTO, y cuyo desenlace es el triunfo de la Iglesia despues de mil combates.» La aparicion de JESUCRISTO es para el cristiano el punto culminante de los anales humanos... «Si colocado el cristiano al pié de la cruz sobre la santa montaña echa desde allí una mirada á la historia de la humanidad, descubre despejada, clara, sin las sombras de misterio toda la senda por ella recorrida. Los derrumbamientos de los tronos, el movimiento de las razas diversas, la sucesion de los imperios, no son para él otra cosa que la preparacion de la venida del Hombre Dios y de sus enviados. Y al estender su mirada á los siglos que han seguido á la muerte del Redentor observa que cuanto en ellos acontece resulta en gloria de la Iglesia y de sus hijos, puesto que así los males como los bienes se convierten en su ventaja. La Iglesia triunfa, tanto en la persecucion como en la gloria.

«Léjos de ver en la cadena de los acontecimientos humanos un progreso continuo y un testimonio siempre creciente de perfectibilidad, atribuye el cristiano á un solo motivo la fluctuacion creciente ó menguante de los sucesos; la salud de la humanidad por el Mesías. Para el cristiano el criterio de la filosofia de la historia se basa en la fe; CRISTO esperado y CRISTO venido es para él el Rey del mundo (1).»

Sin apercibirse de ello las grandes potencias del antiguo mundo, por mas que sumidas en las tinieblas de la idolatría y en los charcos de la inmoralidad pagana, contribuian á la obra de la humana redencion y eran inconscientes tributarias de la gloria del CRISTO.

En las virtudes naturales de los pueblos gentilicos latia imperceptible como el gérmen de las sobrenaturales virtudes, que debian ostentarse con admirable resplandor en la plenitud de los tiempos; la vida cristiana que debia alegrar y llenar el gran dia de la civilizacion estaba latente en los instintos é impulsos justos de las generaciones todavía no redimidas, pues no en vano, Dios dispuso que se conservara entre las naciones infieles un pueblo, que fuera como el arca donde se depositaran los testimonios de su verdad y la expresion de los divinos designios. No en vano Israel habia recibido en el Sínai la ley, que reasumia en la sabiduría y justicia de sus preceptos toda la perfeccion posible en aquellos dias; no en vano aparecian al frente del pueblo escogido los patriarcas y profetas, para ser aquellos salvaguardia de la moral y estos aliento de las esperanzas de las tribus. Estas grandes figuras y aquella perfecta ley debian naturalmente influir en que la humanidad no se precipitara hasta el fondo del abismo de sus locuras; aquellas y esta eran para el pueblo de Dios luz esplendorosa como la del sol, y para los pueblos menos privilegiados, luz salvadora, como lo es para el vacilante peregrino el pálido destello de lejana estrella.

Aunque lejana é indirectamente, aunque velado con la sombra de un misterio indescifrable, JESUCRISTO era la esperanza de la humanidad, esperanza sostenida por la influencia que el contacto del pueblo escogido por Dios ejercia con su ley, con su culto y con sus profecías.

Empero por lo mismo que JESUCRISTO era en el fondo esperado por la parte sana del antiguo mundo, la parte mas corrompida, los elementos que reinaban explotando las pasiones de las muchedumbres envilecidas, temian su imperio, y por lo tanto su venida.

(1) Le Roy, *Filosofia de la historia*.



Temian su venida, aunque desconociendo sus caracteres personales, y solo sabiendo que el que algunos esperaban habia de ser el restaurador de la justicia y del derecho.

Dos secciones de humanidad hay que considerar para comprender la oposicion que Jesús habia de encontrar en el mundo. Israel y la gentilidad.

No nos incumbe ocuparnos en este libro del sincero afan con que el Redentor era esperado por los que, heredando la fe de los patriarcas, reconocian en el venidero Mesías la realizacion del ideal bello trazado y anunciado en las sagradas páginas. La porcion escogida de la grey predilecta escuchaba atenta, y le tardaba oír los cánticos de paz, con que se habia de notificar al mundo la feliz nueva de haberse cumplido los deseos de las generaciones. Para ello JESUCRISTO nada tenia de temible.



JERUSALEN.

Empero no todo era santo en Israel; su historia, que ha llegado á nosotros detalladísima, manifiesta que la incredulidad y el vicio, que de esta nace, habia corrompido á muchos de sus caudillos. Miras terrenales habian hecho olvidar la mision de aquel pueblo, y á pesar de los avisos y de los castigos con que el Señor hizo en varias ocasiones patente la fuerza de su brazo, la corrupcion llegó á ulcerar las entrañas de sus legales y características instituciones.

La primera de ellas era la Sinagoga, constituida por los doctores y por los pontífices; asamblea venerable de la que el israelita tenia derecho á recibir espiritual pasto; garantía que habia de ser de la moral pública y privada.

Pues bien; para la Sinagoga la venida del Mesías era, no podia menos de ser temida, pues debiendo realizarse en Él y por Él las profecias, el cumplimiento de alguna de ellas habia de ser el decreto de su disolucion y de su muerte.

No habia olvidado la Sinagoga esta palabra profética de Isaías al pueblo: «Tened entendido que por vuestras maldades habeis sido vendidos, y que por vuestros crímenes he repudiado yo á vuestra madre (1).»

¿Quién era la madre de los israelitas sino la Sinagoga, altísima institucion que tenia por objeto lactar con la doctrina verdadera y la moral santa á los hijos de Israel? y ¿qué podia

(1) - Isai., I.



significar el repudio de que hablaba el Profeta sino la sentencia de reprobacion que el Re-



LA CARROZA DE FUEGO PARA ELÍAS.

dentor habia de lanzar contra ella, á causa de no haber correspondido á sus providenciales destinos?



Sabia esto la Sinagoga, y sabia que habia descuidado su consigna, y el cumplimiento de su mision hasta al punto de que al venir JESUCRISTO al mundo encontraria tan distraido y desatento á su pueblo, que no habria quien le saliera al paso para recibirle y escucharle. Isaías avisó de antemano á la Sinagoga lo que el Mesías le diria: «He repudiado á vuestra madre, porque yo vine al mundo y no hubo nadie que me recibiese y no hubo quien me escuchase (1).» Sabia la Sinagoga que á ella especialmente le seria dirigida esta terrible pregunta: «¿Es por ventura que se ha acertado mi mano de suerte que no pueda redimir? (2).»

Conveniale, pues, á la Sinagoga que el Mesías no viniera; su venida habia de ser la señal de haber llegado el término de su ministerio pastoral.

Isaías lo habia indicado, Ezequiel se lo anunció explícitamente.

«Esto dice el Señor, son palabras del Profeta: Hé aquí que yo mismo pediré cuenta de mi grey á los pastores y acabaré con ellos para que nunca mas sean pastores de mis rebaños, ni se apacienten á sí mismos, y libraré mi grey de sus fauces para que jamás les sirva de vianda.

«Porque esto dice el Señor Dios: Hé aquí que yo mismo iré en busca de mis ovejas y las reconoceré... y estableceré sobre mis ovejas un solo pastor que las apaciente... y haré con ellas alianza de paz (3).»

El vaticinio era terminante; el báculo pastoral de la Sinagoga habia de caer ante el cayado del pastor de la casa de David, anunciado en las anteriores líneas. Jerusalem y los doctores de Israel no lo ignoraban; tenian bastante ciencia para comprender que Isaías y Ezequiel formulaban contra ellos el anatema que pronunciara el CRISTO. Presentian que la Sinagoga «seria condenada, no llamada (4)» por el reino del gran Pacificador. Los sábios judíos al oír de labios del Maestro divino que «el árbol ufano por la verdura de sus hojas, miserable por la escasez de sus frutos» seria arrojado al fuego, no tuvieron que discurrir mucho para volverse hácia la Sinagoga y decirle: «este árbol eres tú.»

De lo dicho se infiere que los elementos dominantes en Israel debian sentirse mas propensos á temer la venida del Mesías, que á esperarla, y por lo tanto, que la Sinagoga se hallaba dispuesta mas bien á perseguir á CRISTO que á recibirle.

Existia, pues, en el seno de Israel y al frente de Israel el espíritu de persecucion contra el Redentor.

Echemos una mirada al espíritu de la gentilidad.

Al llegar la plenitud de los tiempos Roma empuñaba el cetro del mundo. Su genio avasallador, sus cualidades de conquista habian elevado su poder sobre todos los imperios de la tierra. Las naciones que mas gloriosa historia contaban eran ya tributarias del pueblo romano.

Roma gentil reunia en su seno las eminencias de la sociedad, los tesoros de todos los países, y los documentos de todas las escuelas; y era verdaderamente el capitolio del mundo, el senado universal, el campamento universal, la biblioteca universal, el archivo universal.

Entre los pueblos cautivos, ó tributarios del César universal, contábase el de Judea.

Roma no podia, pues, ignorar ni la historia de Israel, ni sus tradiciones, ni sus leyes, ni sus aspiraciones, ni sus esperanzas; estudiando á Israel hubo de conocer á JESUCRISTO; porque la historia de aquel pueblo era la de sus patriarcas y de sus profetas, y estos no hablaban sino de CRISTO y por CRISTO, y aquellos simbolizaban con sus virtudes á CRISTO y daban con sus ejemplos un ideal, aunque imperfecto y oscuro, de lo que CRISTO seria.

Los adoradores de Júpiter tenian, pues, conocimiento de que Israel esperaba que el cetro del mundo, empuñado por el dios de la altivez romana, lo empuñaria un cordero manso de la casa de Judá; que el magisterio racionalista, simbolizado en la vana Minerva, Israel afirmaba seria ejercido sobre el universo por el *Verbo del Padre* prometido á la generacion de Abraham.

(1) Isai., I. — (2) Ibid. — (3) Ezeq., xxxiv. — (4) S. Agustin.



Roma sabía lo que Israel esperaba; ¿conveníale á la metrópoli del mundo que se realizaran las esperanzas de su tributaria provincia?

Examinémoslo.

Si no le convenia á Roma que viniera el que Israel esperaba, lógico es concluir que el espíritu de persecucion á JESUCRISTO venidero animaba al imperio.

Y que no le podia convenir á Roma la venida del Mesías, descrito por los profetas, nos lo demostrará una sencilla mirada echada sobre los cimientos en que se basaba la grandeza romana. De esta formaban el pedestal el culto idólatra y las pasiones libres. Ambas cosas venia á destruir JESUCRISTO; ambas cosas debian declarar á JESUCRISTO enérgica persecucion.

No es necesario recordar que los ídolos imperaban en el espíritu de la gentilidad; aunque en los últimos períodos de la civilizacion romana habia comprendido la parte ilustrada de aquella sociedad todo lo ridiculo que era la teología idolátrica; aunque los célebres oradores y filósofos conocian el absurdo de las doctrinas religiosas basadas en antiguas preocupaciones, sin embargo, los ídolos permanecian en los altares del imperio, y el trono respetaba los altares idolátricos, que eran para los Césares el mejor y mas consistente apoyo para resistir los combates de las muchedumbres.

Los magnates de Roma, por mas que no creyeran en la verdad de las doctrinas religiosas que enseñaban, creian en la necesidad de la influencia religiosa, para moralizar y sostener la organizacion del pueblo. Si derribaban los ídolos ¿qué pondrian en su lugar? ¿qué religion sustituiria á la idolatría? La causa de los ídolos era, pues, la causa de Roma.

Y ¿cómo habia de tratar á la idolatría el Mesías que Israel esperaba?

Los sacerdotes de Júpiter leian el libro profético de los hebreos; y sabian que con la venida del Esperado habia de hacerse efectiva esta enseñanza de Habacuc (1).

«¿De qué sirve el simulacro que formó un artífice y la falsa estatua ó imágen que fundió de bronce? Con todo, el artífice pone su esperanza en la hechura suya, en la imágen muda que forjó.

«Ay de aquel que dice á un madero: Despiértate; y á una muda piedra: Levántate y socórreme, ¿por ventura la estatua podrá instruirte en lo que has de hacer? Mira; cubierta está ella de oro y plata, pero dentro no hay espíritu ninguno.»

Así juzgaba el Profeta en nombre de CRISTO á la idolatría.

Y que aquel severo juicio no habia de ser estéril, bien lo indican las amenazas de destruccion que en todas las páginas divinas en las que de la idolatría se trata están consignadas.

Roma estaba, pues, juzgada y amenazada por los heraldos de CRISTO.

La religion romana estaba destinada á ser un elemento de persecucion.

El anatema de Israel contra los ídolos adorados se estendia al reinado de las pasiones triunfantes.

Roma era la capital de las pasiones. Al paso que conquistaba ella los tesoros de los pueblos, se apropiaba y reunia en su seno cuanto podia halagar la humana concupiscencia.

«Vencedor de las naciones, dice un célebre historiador, el imperio romano, cuyas fronteras se estienden desde las orillas del Tigre al rio Tajo, desde los bosques germanos á la cordillera del Atlas, desde el Océano polar al Océano indio, cierra el templo de la guerra y acuerda la paz al mundo. El pueblo rey disfruta de sus conquistas arrojándose á los placeres, de que siempre son fecundos los pechos de la victoria; la gloria del poder romano llega á su apogeo, y empieza el siglo de Augusto, el mas hermoso que floreció en el mundo pagano. Roma, llena de las obras maestras del arte y de las riquezas de los reinos sometidos, recibe los trigos de Egipto y de Sicilia, encargadas de esta parte de su subsistencia; España y Macedonia le entregan sus inmensos tesoros; el Asia le ofrece sus artísticas preciosidades; el África le regala para sus juegos los leones y tigres de sus vastísimos desiertos; la Galia arroja á los piés de aquella soberana de la tierra millones de esclavos para servirla. Mientras que Au-

(1) Cap. II.



gusto, jefe del ejército, pontífice y rey, visita en triunfal expedición las provincias de su in-



ELÍAS ARREBATADO.

menso imperio, establecidas en las diversas regiones del globo, Mecenas y Agripa, sus mi-





La persecucion en el Gólgota.



